

**HACIA UNA POÉTICA DEL UMBRAL:  
EL ABORDAJE DE TEXTOS POÉTICOS EN AMBIENTES PASTORALES**

**MIGUEL ÁNGEL ESTUPIÑÁN MEDINA**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE TEOLOGÍA  
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA  
BOGOTÁ  
2011**

**HACIA UNA POÉTICA DEL UMBRAL:  
EL ABORDAJE DE TEXTOS POÉTICOS EN AMBIENTES PASTORALES**

**MIGUEL ÁNGEL ESTUPIÑÁN MEDINA**

**Trabajo de grado presentado como:  
Requisito para optar por el  
Título de Licenciado en Teología.**

**Director:  
CARLOS EDUARDO ROMÁN**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE TEOLOGÍA**

**LICENCIATURA EN TEOLOGÍA  
BOGOTÁ  
2011  
TABLA DE CONTENIDO**

INTRODUCCIÓN.....	4
I. “EN EL PRINCIPIO EXISTÍA LA PALABRA”: FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DE UNA POSIBILIDAD PASTORAL.....	10
II. “LA OLVIDADA IMAGEN DE TU HUELLA”: UN ASEDIO A <i>CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS</i> DE MIGUEL HERNÁNDEZ.....	36
III. EL HORIZONTE SACRAMENTAL DEL POEMA.....	69
CONCLUSIÓN.....	80
BIBLIOGRAFÍA.....	83

## INTRODUCCIÓN

La reflexión teológico-pastoral que la Iglesia ha venido desarrollando en los últimos años ha desembocado progresivamente en la necesidad de una pastoral que responda a los desafíos de la cultura contemporánea, especialmente la increencia y la indiferencia religiosa. A este nivel, el Pontificio Consejo de la Cultura, en su asamblea plenaria de 2006, propuso lo que denominó la *via pulchritudinis*, como un camino de evangelización en el seno de las culturas; un itinerario pastoral que, partiendo de la apreciación de lo bello y de su posibilidad de tender puentes hacia el descubrimiento de lo sagrado, permita ayudar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a dejarse sorprender por el Evangelio de Cristo<sup>1</sup>.

Por su parte, el papa Benedicto XVI se ha pronunciado al respecto en diversos momentos, atizando el fuego de un interés que ya veíamos en Pablo VI<sup>2</sup> y que en la *Carta a los artistas* de Juan Pablo II cobró mayor ímpetu: la Iglesia necesita transitar este recorrido artístico y estético, pues forma parte de su itinerario de fe, de su búsqueda teológica<sup>3</sup>.

Siendo aún cardenal, Joseph Ratzinger dirigió en 2002 unas palabras a los participantes del “Meeting” de Rímimi (Italia) a través de un texto llamado *La contemplación de la belleza*. Retomando la dinámica de una tradición teológica que siempre ha intuido la dimensión estética de la experiencia cristiana, el entonces prefecto de la Congregación para la doctrina

---

<sup>1</sup> CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Via Pulchritudinis*, Madrid: BAC, 2008

<sup>2</sup> PABLO VI, *Homilía durante la Misa de los artistas*,

[http://www.vatican.va/holy\\_father/paul\\_vi/homilies/1964/index\\_sp.htm](http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/homilies/1964/index_sp.htm), (consultado el 4 mayo de 2009)

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, Discurso a los artistas, [www.zenit.org](http://www.zenit.org), (consultado el 21 de noviembre de 2009)

de la fe hizo hincapié en la necesidad del desarrollo de una Estética Teológica, tal y como fue planteada en su momento por Hans Urs Von Balthasar<sup>4</sup>, y de la cual, sin embargo, muchos asuntos siguen sin ser asumidos. Dijo, entonces, al respecto: “Nótese que esto no es un problema que afecta simplemente, o principalmente, tan sólo a la teología; afecta también a la pastoral, que debe volver a favorecer el encuentro del hombre con la belleza de la fe”<sup>5</sup>.

El presente trabajo de investigación, *Hacia una poética del Umbral*, al promover el abordaje de textos poéticos en ambientes pastorales, pretende moverse al interior de este cauce del preguntar teológico pastoral de la Iglesia contemporánea, y constituirse en concreción de los desarrollos efectuados en los últimos años por el Pontificio Consejo de la Cultura. Si “la auténtica obra de arte, como afirma el magisterio, es potencialmente una puerta de entrada para la experiencia religiosa”<sup>6</sup>, es razonable esperar del trato con la Poesía la posibilidad del advenimiento de la Gracia.

A nuestro parecer, el tema que nos compete, a saber, indicar un derrotero para descubrir en el lenguaje poético una *apelación* de la experiencia trascendental, forma parte de los aspectos que la Iglesia tendrá que privilegiar en su diálogo apostólico con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, en especial con los no creyentes y los indiferentes<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> VON BALTHASAR, Hans Urs, *La percepción de la forma*, vol. 1 de *Gloria: Una estética teológica*, Madrid: Encuentro, 1985

<sup>5</sup> RATZINGER, Joseph, *La contemplación de la belleza*, [www.multimedios.org](http://www.multimedios.org) (consultado 15 mayo de 2008)

<sup>6</sup> CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura*, Madrid: BAC, 1999, n. 17

<sup>7</sup> *Ibid.*, n. 40

Paul Poupard, presidente emérito del Pontificio Consejo de la Cultura, en su presentación del documento final de la asamblea plenaria de 2006, afirma lo siguiente: “El Verbo encarnado se presenta a nuestra contemplación en toda su verdad, bondad y belleza, ofreciendo así diversos modos de acercamiento al único misterio del Dios hecho hombre en Jesucristo”<sup>8</sup>.

Consideramos que la educación en la percepción de lo bello, posible epifanía del misterio cristiano, en la que el actual trabajo se enmarca, se convierte en asunto de considerable importancia, toda vez que anima a quien se acerque a ella a atravesar el Umbral y contemplar la meta última y definitiva, “el sol sin crepúsculo que ilumina y hace bello el presente”<sup>9</sup>.

Hoy, cuando los grandes discursos han perdido su capacidad persuasiva, la invitación a la contemplación cobra mayor vivacidad. Entonces, una evangelización que se ocupe de la necesidad de esperar junto a todo hombre y mujer la aurora del sentido, más que de hacer de la verdad fría pieza de colección, se hace urgente.

No debe la tarea evangelizadora evadir la realidad de la persona humana en su tiempo histórico. Juan Pablo II consideró al hombre camino de la Iglesia; y el Concilio, en su constitución pastoral *Gaudium et spes* testificó que “El Pueblo de Dios (...) procura

---

<sup>8</sup> Ibid., p. 22

<sup>9</sup> BENEDICTO XVI, Discurso a los artistas, [www.zenit.org](http://www.zenit.org), (consultado el 21 de noviembre de 2009)

discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios”<sup>10</sup>.

He aquí por qué nuestro trabajo, interesándose por lo que late al interior de todo hombre como lo más profundo de sí, a saber: “la búsqueda de la verdad, la insaciable necesidad del bien, el hambre de la libertad, la nostalgia de lo bello”<sup>11</sup>, quiere responder al interés creciente en el ámbito eclesial de tender puentes que nos lleven a caminar con los hombres y las mujeres de la actualidad, en especial con los no creyentes y los indiferentes, cooperando en la capacidad que tiene el Evangelio de tocar los corazones y de expresar el misterio de Dios y de la persona humana.

La concreción metodológica que proponemos al hablar de una “Poética del Umbral” brota del ejercicio educativo y de la reflexión que entorno a éste el autor ha desarrollado. Lejos de ser el fruto de elucubraciones exclusivamente académicas, el presente texto quiere constituirse en síntesis de una serie de intuiciones sobre la espiritualidad y la pastoral que quien escribe ha tenido la oportunidad de poner en la base de diversas circunstancias formativas, llegando de igual modo a comunicarlas, en especial durante el último año, en que le ha sido dado propiciar talleres, cursos y encuentros respecto al tema<sup>12</sup>; con lo que se ha buscado responder una vez más al interés eclesial expresado en el documento *Via*

---

<sup>10</sup> CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 11

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, n. 18

<sup>12</sup> Quisiera destacar, en primer lugar, el homenaje al poeta Miguel Hernández llevado a cabo en la parroquia “Santa María del Cedro”, al norte de Bogotá, durante el primer semestre del 2010: una serie de jornadas de lectura guiadas, a partir de la obra “Cancionero y romancero de ausencias”. Y en segundo lugar, el taller “Poesía y espiritualidad: una invitación al umbral”, dirigido a seminaristas y religiosas en el CER (Centro de estudios religiosos), de la Conferencia de religiosos de Colombia. Ambos, espacios de formación en que desarrollé a nivel metodológico lo que denominé “La Poética del Umbral”.

*Pulchritudinis*, del Pontificio Consejo de la Cultura, esta vez con relación a la necesidad de “organizar eventos culturales y artísticos (...), sensibilizar a los agentes pastorales, catequistas y profesores de religión, así como seminaristas y clero, a través de cursos de formación, talleres, encuentros temáticos”<sup>13</sup>.

Expuesto lo anterior, pasemos a hablar de la estructura del presente texto, estableciendo desde ya como horizonte orientador la siguiente afirmación de Juan Pablo II en su *Carta a los artistas*:

En efecto, el arte, incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa<sup>14</sup>.

*Hacia una Poética del Umbral* es, ante todo, un itinerario en compañía del lector. Una incursión en aquella “Zona” en que se regala a todo hombre y mujer la capacidad de escuchar la Voz que en el fondo de todo late, participándoseles un camino tras las huellas del Misterio, ese eterno viaje a la “región de los Esplendores y de los Terrores”<sup>15</sup>, del que habla Maurice Maeterlinck.

---

<sup>13</sup> CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Via Pulchritudinis*, p. 66

<sup>14</sup> JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, n. 10

<sup>15</sup> MAETERLINCK, Maurice, *El tesoro de los humildes*, Montevideo: Claudio García, 1922

En un primer momento de nuestro trayecto delimitaremos los rasgos de un paisaje en que todo ser humano halla implicada su vida. La Voz que habla, aun sin palabras, se comunica con el hombre desde una gramática trascendental que les es inherente a ambos. Ahondando en lo anterior, definiremos las condiciones de posibilidad de una aproximación al poema desde la expectativa por parte del lector ante la *apelación* que de tal trato pueda seguirse. Y puesto que una pregunta nos acompaña desde el inicio en nuestra labor investigativa: *¿Cuál es el camino para hacer de un texto poético mediación a la experiencia de Dios?*, consideramos más que conveniente explicitar desde el inicio las coordenadas en las que nos ubicamos a la hora de enfrentarnos, a partir de la teología, a la relación que une al ser humano con la Poesía y el Misterio de Dios. Toda vez que pretendemos indicar un derrotero para descubrir en el lenguaje poético una *apelación* de la experiencia trascendental, este primer capítulo desembocará en la presentación de pautas metodológicas para el abordaje grupal de textos poéticos.

Una vez caminado el primer tramo, abordaremos en segunda instancia una obra en particular: *Cancionero y romancero de ausencias*, de Miguel Hernández (1910- 1942). Poemario que ha sabido acompañarnos durante el último año a la hora promover lecturas colectivas de poemas en ambientes pastorales, a través de las cuales hemos constatado en compañía de otras personas el alcance trascendente del arte. Dejándonos habitar en el lenguaje y abriéndonos desde el trato con el poema al Misterio de la Palabra hecha carne, realizaremos una lectura estético teológica de las principales imágenes del libro, compartiendo una serie de comentarios acerca de la obra poética de este emblemático autor español. Nos acompaña una esperanza: la posibilidad de que el trato con la Poesía pueda

abrirnos a una experiencia de sentido capaz de transformar nuestras vidas. Múltiples personas han visitado ya el Umbral de la Zona... Ocurre en los mejores lugares de la Poesía que la obra del poeta provoca *crisis*, despertando en sus lectores la toma de consciencia de las cuestiones cruciales de su tiempo e, incluso, de la totalidad de la existencia: el sentido, la muerte, la actitud ante la maldad, la esperanza, el amor... todos ellos matices del rostro del Crucificado Resucitado. En esto consiste, finalmente, el segundo capítulo: en imbuirnos en las palabras e imágenes poéticas de un libro relevante, para dejarlas resonar, distinguiendo un ritmo, una Voz, un Rostro.

Del recorrido por los dos momentos anteriores se seguirá lo que queremos sea entendido como punto de llegada, mas no por ello fin de nuestro cometido: el poema, vislumbrado inicialmente como *símbolo* gracias a las comprensiones de nuestro primer capítulo, puede en efecto llegar a alcanzar dimensiones sacramentales sumamente hondas y con una sorprendente influencia en la vida cristiana, toda vez que el cristiano, como bien afirmó Karl Rahner, “no es un caso especial de hombre en general, sino el hombre tal y como él es”<sup>16</sup>. Iniciemos, así, nuestro camino.

---

<sup>16</sup> RAHNER, Karl, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona: Herder, 1984, 463

## I

### “EN EL PRINCIPIO EXISTÍA LA PALABRA”:

#### FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DE UNA POSIBILIDAD PASTORAL

*En donde desarrollamos una exposición de los diversos elementos que se interrelacionan en lo que hemos dado en llamar “Una Poética del Umbral”. Partiendo de la situación del hombre en su cotidiana realidad, profundizaremos en una comprensión de la Poesía como Misterio de la Palabra hecha carne o, lo que es lo mismo, en la gramática trascendental que une a la persona humana con Dios, condición de posibilidad para esperar del trato con textos poéticos una apelación de la experiencia trascendental. Esta sección desemboca en una enunciación de los criterios metodológicos para el abordaje grupal de textos en ambientes pastorales.*

La realidad que el hombre conoce como tal se presenta a sus sentidos con una excesiva carga de pluralidad y fragmentación. “El hombre”, afirma Octavio Paz, “anda desaforado, angustiado, buscando a ese otro que es él mismo. Y nada puede volverlo en sí, excepto el salto mortal: el amor, la imagen, la aparición. Tres niveles diferentes, lo sagrado, el amor y la poesía que corresponden a tres experiencias que manifiestan algo que es la raíz misma del hombre”<sup>17</sup>.

Basten los siguientes versos de Pedro Salinas para adentrarnos en la dinámica de aquella búsqueda tras las pistas de “la raíz misma del hombre” que tiene lugar en nuestro trato con la realidad:

---

<sup>17</sup> TRONCOSO, Luis, “El poema espacio donde la otredad manifiesta la trascendencia”, *Universitas Humanística*, 36 (1992): 43

*¡Sí, todo con exceso:  
la luz, la vida, el mar!  
Plural, todo plural,  
luces, vidas y mares.  
A subir, a ascender  
de docenas a cientos,  
de cientos a millar,  
en una jubilosa repetición sin fin,  
de tu amor, unidad.  
Tablas, plumas y máquinas,  
todo a multiplicar,  
caricia por caricia,  
abrazo por volcán.  
Hay que contar los números.  
Que cuenten sin parar,  
que se embriaguen contando,  
y que no sepan ya  
cuál de ellos será el último;  
¡qué vivir sin final!  
Que un gran tropel de cerros  
asalte nuestras dichas  
esbeltas, al pasar,  
y las lleve a su cima.*

*Que se rompan las cifras,  
sin poder calcular  
ni el tiempo ni los besos.  
Y al otro lado ya  
de cálculos, de sinus,  
entregarnos a ciegas  
-¡exceso, qué penúltimo-!  
a un gran fondo azaroso  
que irresistiblemente está  
cantándonos a gritos  
fúlgidos de futuro:  
«Eso no es nada, aún.  
Buscaos bien, hay más.»<sup>18</sup>*

Definir las coordenadas en que acaece para el hombre aquello que los poetas han tenido a bien denominar “el salto mortal” hacia “el otro lado” es el objetivo de este primer momento de nuestro recorrido, tema central en la presentación de “Una Poética del Umbral”, hacia la que nos dirigimos con este trabajo. En las presentes páginas, partiendo de la situación del ser humano en la realidad, ahondaremos en aquel “gran fondo azaroso” que a nuestro parecer vincula la tríada poesía, amor y experiencia de lo sagrado, según los términos que Octavio Paz nos presentaba líneas arriba.

---

<sup>18</sup> SALINAS, PEDRO, *La voz a ti debida*, Madrid: Alianza, 2005

El todo de lo *fragmentario*, de lo *plural*, no satisface las ansias voraces del ser que es en sí mismo la *voz* de una creación que gime con dolores de parto diciendo y gritando siempre: “¡más!”. Porque ante todo, el hombre, ansioso de *sentido* y de *unidad*, expresión definitiva de la no finalización de lo existente, se sabe insatisfecho: ve en la pobre complacencia cotidiana de sus deseos una esperanza, mas sufre al reconocerse contingente, limitado y roto en sí mismo.

La tragedia de su propio ser siempre más allá de sí, de una raíz última, una identidad no coronada en torno a la cual gira, se enfrenta a la destrucción de un mundo dentro del cual no ha logrado asir plenamente un sentido que le evite perecer hundido en la desesperanza. Habitante inseguro en una realidad que se le dice como fragmentaria y plural, pero movido por una ciega intuición, no deja de enfrentarse a los rotos y dispersos fragmentos de un mundo inasible ante el cual su razón ha dejado de coronarse cada mañana como deidad, al perder la fe en sí misma. ¿Podría, acaso, la frágil luz del intelecto humano iluminar completamente la noche de un mundo en que el hombre es visitado permanentemente por el absurdo; un lugar en que la irracionalidad impera cada vez que, a causa de la injusticia, la persona misma resulta siendo el primero de los fragmentos rotos en el suelo, en una cárcel o en una cruz?

Los trozos de civilizaciones antiguas, seguras y satisfechas, caen hoy al suelo y conviven como múltiples e irreconciliables comprensiones. El fin aparente de las grandes utopías y sistemas, de todo mito de patrias, la imposibilidad de una unidad que reafirme condiciones de mutuo entendimiento, sumergen al hombre en su propio corazón agobiado, para salir

tiempo después expulsado de allí por una soledad poblada de aullidos que le impide llegar al centro.

Mas no está la vida plena – y el hombre lo sabe- en el subsuelo de sus evasiones, ni de los sucedáneos que le brinda la civilización de lo roto, de lo cíclico y vacío para mantenerlo al margen del misterio que él mismo es. Por eso prosigue la búsqueda de sí mismo; por eso, saliendo de sí, se reúne con otros con quienes conversa acerca de aquella persistente inquietud que lo agobia. Y puesto que su propio ser personal permanece siendo un interrogante infranqueable, un signo sin interpretación, he aquí lo que lo justifica en la noche de sus molestias: lo mismo que a la mañana siguiente lo hará dar un nuevo paso al interior del mundo que habita.

Nos hallamos, pues, como existentes en una *realidad* a la cual fuimos arrojados. La calidez del momento primero, del *Uno* en el tiempo, de lo que quisiéramos fuese para todos íntima comunión con la Madre, dio lugar más tarde a la frialdad de una individualidad cuarteada con relación a lo otro, caos de una individualidad de la cual, sin embargo, habrá el hombre de ocuparse en la permanente espera de la aurora del *sentido* y la *unidad* que conlleva para sí la auténtica experiencia de la libertad y la plena conciencia de la propia dignidad humana y de la de sus vecinos de todo tiempo.

Porque en efecto, aunque lo niegue, el hombre busca un hogar. En el fondo de sus ansias, “dentro de todo: dentro muy dentro”<sup>19</sup>, no cesa de pretender reencontrarse con la Tierra que

---

<sup>19</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, Buenos Aires: Lautaro, 1958, 31

lo dio a luz; con su sangre y calor; con un agua primigenia en que recibió por vez primera el aliento vital. Mas, no sabe dónde ubicarse, y lo peor: no sabe realmente qué busca, ni cómo nombrarlo ¡y son tan pocas las certidumbres incondicionales en esta vida a la intemperie, en esta existencia lejos del vientre cálido de la comunión primera! Por el momento, sólo sabe con certeza que calor y frío, desde el comienzo, se trastocaron en innumerables dualidades que jerarquizamos: mal–bien; noche–día; oscuridad–luz, occidente-oriente, yo-tú, etc., elementos de un mundo roto, heredado otrora como unidad de las manos de un Padre-Madre, a quien el hombre hoy, aun sin saberlo, desde la sede histórica de la orfandad que lo niega, abre su existencia toda como a una experiencia de sentido que lo sobrepase y trascienda, que lo abarque y lo cubra, asumiéndolo y redimiéndolo al fin de la lucha de los contrarios... “¡exceso, qué penúltimo!”<sup>20</sup>.

A este hombre, habitante en una *realidad fragmentaria y plural*, lo llamaremos a partir de este momento “*palabra*”. Con lo que pretendemos poner de manifiesto su existencia al interior del *lenguaje*, un estar en el mundo movido –como venimos diciendo– por la expectativa ante el *sentido* y la *unidad*, es decir, por la apertura ante lo otro, ante aquello con lo que no deja de entrar en relación en una dinámica de comunicación que le es inherente y que hace de su existencia una permanente conversación.

Afirma, al respecto, Alfonso López Quintás: “El fenómeno de la comunicación hunde sus raíces en el ser mismo del hombre, en su apertura constitutiva a la realidad, pero esta

---

<sup>20</sup> SALINAS, PEDRO, *La voz a ti debida*, Madrid: Alianza, 2005

apertura no es una entrega pasiva (...) La vinculación *hombre-mundo* implica una interacción mutuamente fecundante, tejida de relaciones de *apelación-respuesta*<sup>21</sup>.

En la génesis del código comunicativo de una tribu, es decir, de una comunidad de interpretación, se halla siempre el trato primigenio del hombre con la realidad que lo circunda y que éste habita. Y fue así la *palabra*, cifra del hombre, respuesta a una apelación primera venida desde la espesura de lo otro, de aquello con lo que los primeros pobladores del mundo entablaron diálogo hondamente conmovidos, admirados e, incluso, llenos de espanto. Dice María Zambrano:

Entre el hombre y la realidad que le rodea, aun en la misma realidad que es su vida, se han interpuesto siempre imágenes. Sagradas al principio, se han convertido más tarde en simples representaciones, abriendo así la posibilidad a todo este mundo figurativo en que, en una parte, se representan las cosas visibles, y, de otra, se da forma al contenido de las creencias y a todo aquello que gime al interior del alma<sup>22</sup>.

El mundo, entonces, se alza constantemente como fruto de esa interacción *mutuamente fecundante*, conversación entre el hombre y la realidad de la cual surgen las palabras-imágenes como respuesta en medio de lo fragmentario y plural.

¿Pero quién enseña las palabras esenciales al género humano para que los hombres las pronuncien, quién lo hizo en el origen de la primera lengua? No es realmente el ser humano

---

<sup>21</sup> LÓPEZ, Alfonso, *Análisis estético de obras literarias*, Madrid: Narcea, 1982, 23

<sup>22</sup> ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino*, México: Fondo de Cultura Económica, 1966, 52

quien como poseedor del lenguaje nombra la realidad dándole existencia al mundo figurativo, sino quien en la dinámica de comunicación con lo otro es nombrado, interpelado, llamado a existir desde el fondo de sí para cooperar con el surgimiento de un mundo de significación tal y como aquel del cual está invitado a formar parte. He aquí que Heidegger afirme: “En el sentido propio de los términos, es el lenguaje el que habla. El hombre habla sólo en cuanto responde al lenguaje *escuchando* lo que dice”<sup>23</sup>.

Sin poder concluir tajantemente que el lenguaje sea lo *último* más allá del exceso de lo *penúltimo* en que transcurre el devenir de días y noches en la existencia fragmentada y hambrienta de sentido del hombre como *palabra*, intuimos, sí, que es en su seno donde se abre para éste el misterio de su más notable posibilidad. Dice una vez más el filósofo alemán: “El lenguaje ofrece garantía de que el hombre pueda *ser* en cuanto histórico (...) El lenguaje no es una herramienta de la cual podemos disponer, sino el fenómeno que dispone de la más alta posibilidad del ser hombre”<sup>24</sup>.

Y algo intuye al respecto también Karl Rahner cuando, afirmando que al *poeta* le ha sido confiada la palabra, la protopalabra, en concreto, o palabra esencial, destaca lo siguiente: “Al hablar en adelante sobre palabras, no nos referimos a los vocablos amputados, clavados como muertas mariposas en las vitrinas de los diccionarios. Queremos decir

---

<sup>23</sup> CHAUVET, Louis Marie, *Símbolo y sacramento*, Barcelona: Herder, 1991, 63

<sup>24</sup> HEIDEGGER, Martin, *Interpretaciones sobre la poesía de Holderlin*, Barcelona: Ariel, 1983, 58

palabras vivas, que suben al corazón y se enlazan en frases; que resuenan en himnos, que deciden eternidades (“tú lo dices”), que abren puertas a la auténtica *posibilidad*<sup>25</sup>.

Esta palabra esencial por el hombre emitida, cifra de su existencia de la que el poeta es servidor, es respuesta a una apelación primera que siempre está viniendo, que siempre está por llegar como *Voz* que lo llama a asumir el misterio de su más notable posibilidad.

El hombre–palabra, como hemos dado en contemplarlo, es quien oye la Palabra del Otro que con él se comunica, Palabra mayúscula que define su existencia desde el seno del lenguaje como diálogo entre el más allá de sí hacia el cual está abocado y su ser como estar-presente-a-sí-mismo.

Porque, definitivamente, por más que haga de las palabras instrumento de interpretaciones plurales y fragmentadas acerca de sí mismo y de la realidad del mundo (palabras como vocablos amputados, en expresión de Rahner), el hombre no se da existencia a sí mismo. No es él la Palabra última dotada de total sentido entorno a su destino ni al destino de lo existente. No fue su palabra quien le otorgó ser ni presencia para que pudiese aparecer como ente. El hombre-palabra no es la *Voz*, sino aquel que se halla abierto a la escucha de aquella Palabra que existía desde el principio, que estaba junto a Dios siendo Dios, por la que todo se hizo y sin la cual nada hubiese sido hecho<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> RAHNER, Karl, “Sacerdote y poeta” en *Escritos de Teología*, Volumen III, Madrid: Taurus, 1961, 332

<sup>26</sup> Cfr. Jn 1, 1-3

Citábamos anteriormente a Heidegger con las siguientes palabras: “El lenguaje ofrece garantía de que el hombre pueda *ser* en cuanto histórico”. Pues bien, precisamente en esa historia en que el hombre desarrolla su existencia la “Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros”<sup>27</sup>.

Es aquí cuando comienza a iluminarse para nuestra reflexión en qué consiste realmente el misterio de la más alta posibilidad humana. Precisamente desde el seno del lenguaje, en que se obtiene “la posibilidad de estar en medio de lo abierto del ser”<sup>28</sup>, el hombre-palabra se hace oyente de la Voz, es decir, de la Palabra por quien todo lo existente halla su fundamento, Palabra mayúscula que en todo habla, que habla al hombre: “voz de Dios (...), voz del Espíritu, que va y viene, toca el corazón y pasa, ni se sabe de dónde viene o cuándo sopla (...), brisa suave y delicada”<sup>29</sup>, en expresión de José de Calasanz. Y es aquí, igualmente, donde nos hacemos cercanos al Umbral, iluminado ahora para nosotros como aquella región existencial en que se hace posible al hombre “oír la palabra mediante la cual el misterio silente se presencia”<sup>30</sup>.

Hagamos un breve recuento de los elementos de “Una poética del Umbral” tratados hasta ahora, una simple enunciación a manera de inventario: realidad–mundo; lenguaje; hombre como palabra–voz; Palabra–Voz (en mayúscula); Umbral.

---

<sup>27</sup> Jn 1, 14

<sup>28</sup> HEIDEGGER, *Interpretaciones sobre la poesía de Holderlin*, 58

<sup>29</sup> PADILLA, Luis, *Intuiciones de Calasanz sobre la formación escolapia*, Madrid: ICCE, 1998, 48

<sup>30</sup> RAHNER, Karl, “La palabra poética y el cristiano” en *Escritos de Teología*, Volumen III, Madrid: Taurus, 1961, 460

Pues bien, hablar en los términos hasta el momento desarrollados es referirnos desde la teología a lo que Holderlin intuyó, por su parte, al considerar que “lleno de mérito, pero poéticamente habita el hombre en esta tierra”<sup>31</sup>, un hombre cuya existencia dependía para el poeta de “estar en la presencia de los dioses y *ser tocado* por la cercanía esencial de las cosas”<sup>32</sup>.

A este nivel de nuestra reflexión se hace preciso preguntarnos: ¿qué entender por Poesía? Valga decir que no simplemente el fruto de una manifestación artística, juego libre de expresiones verbales de una cultura, aunque con ello no deje de estar al fin y al cabo vinculada. En el marco de lo hasta aquí expuesto, para nosotros la Poesía es, ante todo, el Misterio que une a la Palabra-Voz (mayúscula) con el hombre, palabra-voz en minúscula, al que interpela desde el interior del lenguaje en el cual desarrolla éste su existencia como alguien histórico. Más allá de la lectura o escritura de versos, la Poesía corresponde a la *gramática trascendental* en que el hombre y la Voz se comunican mutuamente. De ahí que Karl Rahner se haya atrevido a afirmar que “gran poesía sólo existe cuando el hombre se enfrenta radicalmente con lo que él mismo es”<sup>33</sup>.

Simbólicamente, en la realidad del mundo cotidiano en que el hombre desarrolla su existir se abre una puerta en que una *Realidad mayúscula* dotada de Total Sentido asoma su excedencia para entregarse a la capacidad perceptiva del ser humano. Lo dijo Juan Pablo II del siguiente modo en *Fides et Ratio*: “Dondequiera que el hombre descubra una referencia

---

<sup>31</sup> HEIDEGGER, Martin, *Interpretaciones sobre la poesía de Holderlin*, 58

<sup>32</sup> Ibid. 66

<sup>33</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 463

a lo absoluto y a lo trascendente, se le abre un resquicio de la dimensión metafísica de la realidad”<sup>34</sup>.

Mas, ¿qué entender, igualmente, por “Realidad”, según la expresión en mayúscula arriba introducida? Antes que nada, aclararemos que no nos referimos a una realidad a la que accedamos evadiendo la realidad del mundo cotidiano, con su carga de pluralidad y fragmentación, con la urgencia de un compromiso ético que nos demanda. Todo lo contrario: la realidad (minúscula) del hombre como palabra, ella misma, es el evento de un milagro, la aparición ante los sentidos del hombre de una “Zona de Misterio”, Realidad condensada por la que el ser humano es alcanzado y conmovido en su más honda fibra; por la que es llevado, incluso, a asumir actos de voluntad que superan los condicionamientos en que desarrolla su existencia. María Zambrano la describe del siguiente modo: “la realidad no es atributo ni cualidad que les conviene a unas cosas sí y a otras no: es algo anterior a las cosas, es una irradiación de la vida que emana de un fondo de misterio; es la realidad oculta, escondida, que corresponde, en suma, a lo que hoy llamamos “sagrado””<sup>35</sup>.

A esta Realidad (mayúscula) se refiere también Rudolf Otto en los desarrollos de su reflexión acerca de lo *numinoso*. He aquí una descripción escrita por William James, que en sus páginas nos ofrece: “Es como si en la conciencia humana palpitase la *sensación* de algo real, de un *sentimiento* de algo que existe realmente, la representación de algo que existe objetivamente, representación más profunda y válida que cualquiera de las sensaciones

---

<sup>34</sup> JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, n. 83

<sup>35</sup> ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*, 26

aisladas y singulares, por las cuales, según la opinión de la psicología contemporánea, se atestigua la realidad”<sup>36</sup>. Dada tal impresión es que hemos querido denotarla con *mayúscula*, para distinguirla de lo que hasta este momento hemos llamado “realidad”. Para Otto “el carácter positivo del *mysterium* se experimenta sólo en sentimientos”<sup>37</sup>, por eso considera con Goethe que “el estremecimiento es la parte mejor de la humanidad (...) por mucho que el hombre se haga familiar a los sentidos, siempre *sentirá* lo enorme profundamente conmovido”<sup>38</sup>.

Partiendo de lo anterior, sea éste el momento para introducir nuestra comprensión del *símbolo*, uno de los asuntos más importantes en lo que hemos querido denominar “Hacia una poética del Umbral”, y cuyos elementos hemos querido ir exponiendo uno tras otro para dejar entrever la mutua implicación que les pertenece. A diferencia de los planteamientos de quienes consideran al símbolo señal que refiere a un algo extrínseco, diverso de lo que está presente; para nosotros el símbolo es un *acontecimiento*, el evento de la manifestación de la Realidad (mayúscula) que llega y siempre está llegando, haciéndose cercana y *sensible* para el ser humano desde dentro de su propia y cotidiana realidad, plural y fragmentada, sí, mas no por ello cerrada a una posible epifanía del misterio silente.

Basten los siguientes textos de Pavel Florenskij y Raimon Panikkar para ilustrar de un modo claro a qué nos referimos:

---

<sup>36</sup> OTTO, Rudolf, *Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, Madrid : Alianza, 1980, 20

<sup>37</sup> Ibid, 23

<sup>38</sup> Ibid.

El símbolo unifica la subjetividad humana con la hondura de la realidad, dado que el símbolo lo es precisamente no por la presencia en él de uno u otro aspecto externo de la realidad simbolizada, sino por la presencia de una realidad de la energía de alguna otra, y, por consiguiente, por el *sinergismo* de las dos realidades<sup>39</sup>.

El símbolo es la verdadera apariencia de la realidad; es la forma concreta en que la realidad se revela a nuestra conciencia o, más bien, es esa particular conciencia de la realidad. Es el símbolo donde lo real aparece ante nosotros. El símbolo no es la realidad (que nunca existe desnuda por decirlo así), sino su manifestación, su revelación. El símbolo no es otra “cosa” sino la epifanía de aquella “cosa” que no-es en cada caso sin su símbolo, pues en última instancia el Ser mismo es el símbolo supremo. Todo símbolo real abarca y une la “cosa” simbolizada y la conciencia de ella<sup>40</sup>.

Por tanto, es de manera simbólica que le es dado al hombre acceder al Umbral con el fin de dejarse encontrar por la Realidad. El Umbral es el lugar del símbolo mismo en cuanto acontecimiento, ya que simbólicamente se abre al ser humano el milagro de su más notable posibilidad en el trato poético con aquella Voz que le habla acerca de su destino y del destino de todo lo existente, la Palabra mayúscula dotada de total sentido que desde el seno del lenguaje define la existencia histórica del hombre como comunicación entre el más allá de sí y su ser como estar presente a sí mismo.

---

<sup>39</sup> LÓPEZ, Francisco, *La belleza memoria de la Resurrección*, Burgos: Monte Carmelo, 2008, 460

<sup>40</sup> PANIKKAR, *La Trinidad una experiencia humana primordial*, Madrid: Siruela, 2004, 21

Para el pensamiento ruso de Vladimir Soloviov el hombre pertenece a dos mundos, dos realidades de un *sinergismo* mencionado anteriormente por Floresnkij: el mundo natural y el mundo divino. Nótese que entre ellos “no hay ni puede haber –afirma Soloviov- un abismo infranqueable (...) y que el hombre, como perteneciente a ambos mundos, puede y debe, mediante el acto de *intuición intelectual*, entrar en contacto con el mundo divino”<sup>41</sup>.

El equivalente de la “intuición intelectual” de este filósofo y teólogo ruso en la obra filosófica de María Zambrano es la “piedad”, entendida como aquel “saber tratar adecuadamente con lo otro (...) que es simplemente tratar con la realidad”<sup>42</sup>.

“Intuición intelectual” y “piedad” corresponden a una única actitud existencial gracias a la cual el hombre puede hacerse capaz de asumir la dimensión simbólica y poética en que desarrolla su existencia. El acceso a “la raíz misma del hombre”, al “gran fondo azaroso”, “al otro lado”, de lo que cual hablábamos al inicio de nuestro capítulo, sólo es posible desde una *disposición* por la cual la persona ha de optar. He aquí porque “Un Poética del Umbral” es, ante todo, un llamado a creer, una invitación al Umbral.

Tal y como ocurre en el arte para Andrei Tarkovski, donde “comprender una imagen artística significa aceptación estética de lo bello en un nivel emocional o supraemocional”<sup>43</sup>, el trato con la Realidad a la que accedemos en el símbolo presupone una *disposición* de total apertura; en palabras de Hans Urs Von Balthasar, un “acto de

---

<sup>41</sup> SOLOVIOV, Vladimir, *Teohumanidad*, Salamanca: Sígueme, 2006, 145

<sup>42</sup> ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*, 19

<sup>43</sup> TARKOVSKI, Andrei, *Esculpir en el tiempo*, México: UANM, 2005, 47

percepción”<sup>44</sup> capaz de adherir a la persona con la íntima comunicación que el Otro le ofrece.

Dejándonos orientar por la mutua implicación de los elementos que venimos exponiendo, y en conexión con lo hasta aquí desarrollado, ocupémonos de una nueva relación partiendo de la siguiente cita de Karl Rahner: “la auténtica belleza es la manifestación pura de la realidad”<sup>45</sup>.

De modo que un íntimo vínculo une al advenimiento de la Real por excelencia con la Belleza, que de ahora en adelante distinguiremos con mayúscula. Mas, ¿qué entender a este nivel por Belleza?

Según la tradición del oriente cristiano, conservada fielmente para nosotros por Pavel Endokimov: “El todo habita en el fragmento con la potencia de una donación originaria; al hombre le corresponde la tarea de reconocerlo, de acoger su misteriosa presencia, de dejarse iluminar por la paradoja del mínimo infinito”<sup>46</sup>. Este ofrecerse del Todo en el fragmento, que reduce a la Unidad la multiplicidad de las partes, “*acontecimiento* de una donación que supera la infinita distancia”<sup>47</sup>, es a lo que Bruno Forte, por su parte, llama

---

<sup>44</sup> VON BALTHASAR, *La percepción de la forma*, 145

<sup>45</sup> RAHNER, Karl, “Sacerdote y poeta”, 338

<sup>46</sup> FORTE, Bruno, *En el umbral de la Belleza*, Valencia: Edicep, 2004, 92

<sup>47</sup> *Ibid*, 7

Belleza y que, para Soloviov, nace del encuentro entre las dos realidades del mundo natural y del mundo divino<sup>48</sup>.

En modo alguno esta nueva relación entre Belleza y Realidad en manifestación es ajena a lo que venimos diciendo. Nótese que iniciábamos este primer capítulo enfatizando sobre manera en la realidad fragmentaria y plural en que desarrolla el hombre su existencia movido por una expectativa ante el sentido y la unidad. Es ahora cuando tal apreciación primera se vincula a los desarrollos teológicos que hasta el momento hemos logrado.

El hombre que habita en una realidad fragmentaria y plural es, también, en sí mismo fragmento. A veces lo es incluso de manera dolorosa, pues como dice Von Balthasar: “Hay épocas en las que el hombre se siente humillado y degradado hasta tal punto por la profanación y la negación de las formas, que diariamente se ve asaltado por la tentación de desesperar de la dignidad de la existencia y renegar de un mundo que rechaza y destruye su propio ser-imagen”<sup>49</sup>. Mas, una genuina estética teológica<sup>50</sup> en que “Una poética del Umbral” quiere hallar su asiento, es aquella que no rehúye al drama del existir humano en la noche de un mundo en el cual el hombre es visitado permanentemente por el absurdo; sabiendo que habitamos en una realidad en que la irracionalidad impera cada vez que, a causa de la injusticia, la persona misma resulta siendo el primero de los fragmentos rotos en el suelo, en una cárcel o en una cruz, es aquella que no deja de cultivar la última esperanza

---

<sup>48</sup> Cf. CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Via Pulchritudinis*, 119

<sup>49</sup> VON BALTHASAR, *La percepción de la forma*, 28

<sup>50</sup> Cuyo objeto es y seguirá siendo siempre uno: el acontecimiento de la revelación, ahora bien, contemplado desde la dimensión estética concomitante a una ética y a una gnoseología de la fe.

que le queda al hombre: saber que su existencia es el evento en que “el Otro se dice verdaderamente en el fragmento de su autocomunicación”<sup>51</sup>.

He aquí el milagro, la paradoja del mínimo infinito que ilumina al absurdo y refuta al nihilismo desde dentro: en el fragmento del hombre que existe como palabra ha puesto su morada la Palabra y, desde entonces, la Realidad, el Todo de sentido, puede llegar a revelarse para nosotros como Belleza que salva y unifica el mundo del hombre y el mundo divino, las dos partes de un *symbolon*<sup>52</sup>, en un solo encuentro.

Ahora bien, para Karl Rahner las implicaciones de lo anterior son desorbitantes. Lo dice del siguiente modo en un texto llamado *Oración por los que se dedican a una actividad creadora en el campo del Espíritu*:

Tu Palabra eterna, el esplendor de tu esencia y la imagen de tu grandeza ha venido personalmente a nuestra carne, ha asumido todo lo humano como *su* propia realidad (...) Y por ello, independientemente de que lo sepamos o no, toda creación de la cultura es un *fragmento* de la propia historia de tu Palabra, porque todas las cosas han quedado transformadas en su propio mundo<sup>53</sup>.

---

<sup>51</sup> FORTE, *En el umbral de la Belleza*, 81

<sup>52</sup> Hago alusión aquí al origen etimológico de la expresión. La palabra símbolo remite al griego σὺμβολον (symbolon). Símbolo era en la antigüedad un objeto partido en dos, del que dos personas conservaban cada uno una mitad. Estas dos partes unidas servían para reconocer a los portadores su compromiso o deuda. Para una profundización de la noción originaria del símbolo en el marco del acto de simbolización, ver CHAUVET, *Símbolo y sacramento*, p.119, en que se nos dice: “la comunicación establecida entre los dos pactantes es lo que hace el símbolo”.

<sup>53</sup> RAHNER, Karl, “Oración por quienes se dedican a una actividad creadora en el campo del espíritu” en *Escritos de Teología*, Volumen VII, Madrid: Taurus, 1961, 433

En el marco de las reflexiones hasta aquí expuestas, nos sentimos enfrentados a considerar el carácter simbólico del poema, lanzados por fin al centro de atención mismo de “Una poética del Umbral”, toda vez que con nuestra reflexión pretendemos indicar un derrotero para descubrir en el lenguaje poético una *apelación* de la experiencia trascendental.

Obra de un hombre que hemos denominado “palabra”, dado su existir desde el seno del lenguaje, el auténtico poema en que el misterio de la Poesía se revela presupone un trato con la Realidad fundado en una actitud de confianza, de total apertura; “piedad”, según la terminología de María Zambrano, “intuición intelectual” según las palabras de Soloviev.

Permítasenos ilustrar el trato que el poeta establece con la Realidad trayendo a colación lo que Pablo Neruda escribió en cierta ocasión acerca del poeta Miguel Hernández, autor de *Cancionero y romancero de ausencias*, en cuyas imágenes poéticas profundizaremos en el segundo capítulo:

Miguel era tan campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva fresca subterránea. Vivía y escribía en mi casa. Mi poesía americana, con otros horizontes y llanuras, lo impresionó y lo fue cambiando.

Me contaba cuentos terrestres de animales y pájaros. Era ese escritor salido de la naturaleza como una piedra intacta, con virginidad selvática y arrolladora fuerza vital.

Me narraba cuán impresionante era poner los oídos sobre el vientre de las cabras dormidas. Así se escuchaba el ruido de la leche que llegaba a las ubres, el rumor secreto que nadie ha podido escuchar sino aquel poeta de cabras<sup>54</sup>.

Hay un trato simbólico con la Realidad al inicio de toda actividad auténticamente poética entendida como creación de la cultura, según las consideraciones de Karl Rahner. El hombre-palabra que es el poeta, abierto a lo otro, percibe aquel “rumor secreto”, Voz que en todo late y Palabra por quien todo fue hecho. Entonces, el símbolo en tanto *acontecimiento* brota de su relación, abriéndolo a la escucha de palabras esenciales como imágenes, “imágenes primordiales o símbolos naturales, que suelen crear los buenos poetas, para expresar ciertas experiencias humanas fundamentales, de una manera distinta, más condensada<sup>55</sup>. He aquí por qué para Antonio Machado “el alma del poeta se orienta hacia el misterio”<sup>56</sup>.

El pensamiento del oriente cristiano, alimentado por un simbolismo ancestral lo ha intuido desde siempre. Vladimir Soloviov, haciendo alusión a ese particular contacto o conocimiento positivo que le es dado al hombre en su trato con lo Real, afirma: “Todo verdadero poeta debe necesariamente penetrar “en la patria de la llama y la palabra” para tomar de ella las imágenes primigenias de sus creaciones”<sup>57</sup>.

---

<sup>54</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, Edición de José Luis Ferris, Madrid: Espasa Calpe, 2000, 337

<sup>55</sup> Ibid.

<sup>56</sup> BLANCH, Antonio, *El hombre imaginario*, Madrid: PPC, 1995, 18

<sup>57</sup> SOLOVIOV, *Teohumanidad*, 145

Decíamos en una cita anteriormente comentada que “al poeta le ha sido confiada la palabra”<sup>58</sup>. Ahora, Rahner se refiere a una palabra que es pensamiento encarnado, “corporeidad en que primariamente existe, esculpiéndose, aquello que ahora pensamos y experimentamos”<sup>59</sup>. Pues bien, he aquí una implicación sorprendente de la comprensión de la Poesía como Misterio de la Palabra hecha carne:

Desde que existe la palabra humana como cuerpo de la Palabra permanentemente infinita de Dios y desde que *esa* Palabra es oída en medio de su permanente corporeidad, hay un nimbo de esplendor y una promesa oculta sobre toda palabra. En cada una puede acaecer la encarnación del agradecimiento con la Palabra misma, permanente de Dios y, en ella, con Dios mismo<sup>60</sup>.

Nos encontramos, al fin, en el punto culmen de nuestra exposición sobre el trasfondo teológico de “Una poética del Umbral”. Es, pues, en el Misterio de la Palabra dotada de total sentido que asume la realidad fragmentaria y plural del hombre-palabra, donde se fundamenta toda condición de posibilidad para descubrir en el lenguaje poético, en las palabras-imágenes que el poeta nos ofrece, una *apelación* de la experiencia trascendental. “Cada protopalabra –dice Rahner- revela un fragmento de realidad por el que se nos abre, misteriosa, la puerta que conduce a la insondable hondura de la auténtica Realidad”<sup>61</sup>.

---

<sup>58</sup> RAHNER, “Sacerdote y poeta”, 331

<sup>59</sup> Ibid., 332

<sup>60</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 459

<sup>61</sup> RAHNER, “Sacerdote y poeta en Escritos de Teología”, 335

El poema puede llegar a constituirse en *símbolo*, precisamente, porque la Palabra que rige la gramática trascendental entre el hombre y la Voz ha asumido toda la finitud de lo humano como su propia historia, con el fin de hacerse presente en las palabras del ser que está en la *posibilidad* de esperar que en su palabra, “corporeidad del misterio infinito”<sup>62</sup>, la Belleza irrumpa como el Todo en el fragmento.

Es pues a este poema, asumido en su carácter simbólico en el marco de las exposiciones hasta aquí llevadas a cabo, al que “Una Poética del Umbral” se acerca para abordarlo desde la expectativa ante una manifestación del Misterio.

En efecto, al proponer el abordaje de textos poéticos en el marco de un diálogo apostólico con los hombres y mujeres de hoy, en especial con los no creyentes y los indiferentes, pensamos en aquella intuición del magisterio según la cual: “Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo”<sup>63</sup>; y consideramos, finalmente, que no es infundada nuestra esperanza en la posibilidad de tender puentes que nos lleven a caminar con ellos, cooperando en la capacidad que tiene el Evangelio de tocar los corazones y de expresar el misterio de Dios y de la persona humana. Bien supo decirlo Karl Rahner: “ocuparse de poesía es una parcela del adiestramiento en el saber oír la palabra de vida”<sup>64</sup>.

---

<sup>62</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 460

<sup>63</sup> JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, n. 6

<sup>64</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 461

En las páginas precedentes definimos las condiciones de posibilidad para descubrir en el lenguaje poético una *apelación* de la experiencia trascendental; ahora bien, con las siguientes líneas queremos proponer un modo concreto de imbuirnos en él a la hora de llevar a cabo una lectura colectiva de poemas en ambientes pastorales donde prime un interés por fomentar un descubrimiento de lo sagrado desde la expectativa ante el alcance trascendental de la obra escrita y el enriquecimiento que su lectura pueda generar en un grupo humano.

Al aproximarnos a una obra poética nos abrimos como lectores a un diálogo con el texto fundado en lo que líneas atrás Alfonso López Quintás llamó “relaciones de *apelación-respuesta*”<sup>65</sup>. Para Paul Ricoeur: “más allá de mi situación de lector, más allá de la situación del autor, me transporto hacia los modos posibles de ser-en-el-mundo que el texto me abre y me descubre; es lo que Gadamer llama “fusión de horizontes” en la comprensión histórica, cuando el mundo del lector y el del texto se funden el uno en el otro”<sup>66</sup>.

No se trata, en primer instancia, de abordar cada una de las imágenes que el poema nos presenta desde la intención de desarrollar exhaustivas interpretaciones que develen un sentido primigenio proveniente de la mente del autor; sino de dejarse habitar por el movimiento en que tales elementos se desenvuelven desde el juego libre que constituye el acto de la creación y la re-creación artística. Según López Quintás, los grandes textos se constituyen en medio privilegiado para acceder a los estratos más hondos de la realidad

---

<sup>65</sup> LÓPEZ, Alfonso, *Análisis estético de obras literarias*, 23

<sup>66</sup> MELANO, Beatriz, *Hermenéutica Metódica: Teoría de la interpretación según Paul Ricoeur*, Buenos Aires: Círculo, 1983, 89

cuando el trato entre el lector y la obra da pie a un campo de posibilidades lúdicas desde cuyo interior se nos apela a inmergirnos de modo activo-receptivo. Sólo cediendo a tal juego expresivo e interraccional nos hacemos capaces de vivir una experiencia rica y múltiple<sup>67</sup>.

Y puesto que no es el poema una creación finalizada sino hasta el momento en que es recreado mediante la lectura de quien le da plena existencia; hasta ese momento podemos decir que llega a su plenitud “el exceso de sentido que reside en la obra misma”<sup>68</sup>. Para Gianni Vattimo es esto lo que permite que el lector pueda “reorganizar continuamente la propia existencia y la propia “visión del mundo” a partir de la apertura del ser que en la obra acontece”<sup>69</sup>.

Ahora bien, hablábamos anteriormente de una actitud de “piedad”, que Soloviev llamó “intuición intelectual”. Identificada, a su vez, por Andrei Tarkovski con la fe, tal actitud ante la obra resulta asunto clave en el abordaje de textos poéticos. “La obra de arte –afirmó el cineasta ruso- se vuelve completamente dependiente de quien la recibe, de quien es capaz de sentir o recrear aquellos hilos que conectan una obra particular con, primero, el mundo en general y, luego, con la personalidad humana en su relación individual con la realidad”<sup>70</sup>. Podemos decir que en el trato del lector con la obra se realiza una suerte de intercambio y que no hay auténtica Poesía sin esta mutua implicación. Mas no deja de

---

<sup>67</sup> Cfr. LÓPEZ, Alfonso, *Análisis estético de obras literarias*, 43

<sup>68</sup> GADAMER, Hans, *Estética y hermenéutica*, Madrid: Tecnos, 1998, 61

<sup>69</sup> VATTIMO, Gianni, *Poesía y ontología*, Valencia: Universidad de Valencia, 1993, 135

<sup>70</sup> TARKOVSKI, *Esculpir en el tiempo*, 51

existir una condición para la posibilidad de un trato íntimo con el poema que posibilite una incursión enriquecedora en “la Zona”: ¡Creer!

Por lo tanto, no debe el lector sentirse avergonzado de comunicar las honduras del diálogo que en su interior acontece con la obra; “la obra como tal –afirma, una vez más, Vattimo– es una permanente reserva de nuevas interpretaciones posibles”<sup>71</sup>. He aquí lo que enriquece realmente a la Poesía: saberse el evento de la posibilidad de la comunión por la Palabra, donde diversos hombres y mujeres pueden asumir sus vidas a partir del abordaje de textos poéticos capaces de abrirlos no sólo a la pregunta por lo más íntimo de su existencia, sino a la necesidad de un diálogo mutuo en el cual poder compartir, en un ambiente grupal, las resonancias de las imágenes al interior de cada uno. De ahí que “Una poética del Umbral” se concrete en situaciones de lectura compartida de textos poéticos relevantes.

A la hora de promover un abordaje grupal del poema, nuestra invitación final es una: realizar una lectura pausada, capaz de reparar en cada imagen del texto; escuchar; volver posteriormente a aquella o a aquellas imágenes que desde la conciencia de cada quien adquieran mayor relieve, para dejarse sentir en aquello que se le sugiera desde de dentro por una Voz que es anterior a toda elucubración forzada. Finalmente, comentar en compañía de otros la experiencia, toda vez que es en el seno de aquel diálogo que la Palabra se hace carne.

---

<sup>71</sup> VATTIMO, *Poesía y ontología*, 132

## II

### “LA OLVIDADA IMAGEN DE TU HUELLA”:

#### UN ASEDIO A *CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS*

#### DE MIGUEL HERNÁNDEZ

*En donde siguiendo las pautas metodológicas para el abordaje de textos poéticos presentadas al final del primer capítulo es llevada a cabo la lectura de una obra específica: Cancionero y romancero de ausencias, del escritor español Miguel Hernández. Incursión en el texto que realizamos luego de una somera presentación de la obra y de la situación de su autor en el momento de la elaboración.*

La exposición desarrollada en el primer capítulo entorno a las principales condiciones de posibilidad para esperar del trato con textos poéticos una apelación de la experiencia trascendental, así como la enunciación de los criterios metodológicos con que motivamos líneas arriba el abordaje grupal de poemas en ambientes pastorales, nos invitan, por fin, a centrar nuestra atención en una obra poética concreta: *Cancionero y romancero de ausencias*, del escritor español Miguel Hernández, cuyo centenario de nacimiento celebramos en compañía de diversas personas a lo largo de 2010.

Durante el último año promovimos en distintos espacios la lectura grupal de este poemario. Jornadas literarias durante dos meses en la parroquia Santa María del Cedro, talleres realizados en el colegio Nuestra Señora de la Consolación, un curso en el Centro de Estudios Religiosos (CER) de la Conferencia de religiosos de Colombia y un homenaje al

poeta Miguel Hernández en el Gimnasio Moderno, dan cuenta de una labor pedagógica que subyace a la reflexión teológico pastoral que en estas líneas hemos venido desarrollando.

El arribo a este segundo gran momento de nuestro itinerario pretende, pues, hacer justicia a la situación vital a través de la cual fuimos profundizando en las diversas intuiciones que hemos decidido recoger bajo el título “Hacia una poética del Umbral”.

El encuentro con la poesía de Miguel Hernández desde la lectura colectiva nos ha llevado a constatar una y otra vez la veracidad de consideraciones tan ampliamente apreciadas hoy por parte del Pontificio Consejo de la Cultura en su labor de tender puentes que nos lleven a caminar con los hombres y las mujeres de la actualidad, en especial con los no creyentes y los indiferentes:

Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo<sup>72</sup>.

El arte, incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa<sup>73</sup>.

---

<sup>72</sup> JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, n. 6

<sup>73</sup> *Ibid.*, n. 10

Ahora bien, existen casos particulares en que la creación artística del poeta, dadas las condiciones existenciales del autor en el momento de la génesis, da vida a obras dotadas de un carácter simbólico particular; casos singulares en que el artista nos sitúa ante

un regalo que se realiza con generosidad en la convicción, nunca estrictamente racional, ni mercantilista ni enteramente garantizada ni tampoco comprobable, de que ese regalo es la *expresión* del cariño, del afecto, de la veneración, por parte del que hace el regalo, y sello o icono del afecto y de la gratitud con que se espera o se cree ser correspondido<sup>74</sup>.

*Cancionero y romancero de ausencias* es uno de estos casos. Un poemario escrito por Miguel Hernández como regalo a su esposa Josefina Manresa y al segundo hijo de su matrimonio, Manuel Miguel, en *circunstancias límite* de la existencia del autor, transcurridas entre cárceles y enfermedad hasta su muerte acaecida en 1942 una vez finalizada la guerra civil española.

Según José Luis Ferris “si existe un poeta del siglo XX en que vida y obra se hermanan sin solución de distancia o de impostura ése es, sin miedo a equivocarnos, Miguel Hernández”<sup>75</sup>. Con *Cancionero y romancero de ausencias* no estamos ante un libro cualquiera, sino ante el diario íntimo de un hombre que, sublimando el objeto dejado en manos de su esposa mientras le decía “con él tendremos asegurado el pan de nuestros

---

<sup>74</sup> LLANO, Rafael, El cine y el poder transformador de la belleza, <http://www.andreitarkovski.org/articulos.html> (consultado el 24 de septiembre de 2010)

<sup>75</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 15

hijos”<sup>76</sup>, supo hacer del fruto de su ejercicio poético un regalo en el que reconocemos un caso particular de la “lógica del intercambio simbólico” por la cual el verdadero objeto del intercambio son los sujetos mismos. En estos términos habla Louis Marie Chauvet sobre el tema:

“La esencia simbólica del regalo se caracteriza precisamente no por el valor del objeto ofrecido –éste puede ser prácticamente nulo en términos de valor de uso o de valor comercial-, sino por la relación de alianza, amistad, afecto, reconocimiento del otro y hacia el otro (...) Son sujetos que, a través del objeto, realizan un *intercambio*; y lo que intercambian, bajo la instancia del otro, es su falta de ser, poniéndose así en presencia mutua en el seno de su ausencia de ese modo ahondada, de su diferencia de ese modo radicalmente experimentada como alteridad”<sup>77</sup>.

Nacido en 1910, en el seno de una familia campesina, Miguel Hernández desarrolló a lo largo de su vida un ejercicio poético acompañado siempre de innumerables condicionamientos. Ni las privaciones económicas, ni la irrupción del más triste conflicto bélico conocido al interior de España en el siglo XX, ni el encarcelamiento lejos de los suyos a partir del 39, ni su temprana muerte a los treinta y un años de edad en condiciones de cautiverio y enfermedad como preso político en el régimen de Franco, impidieron que se constituyera en unos de los poetas más importantes en lengua castellana. Así lo recuerda Pablo Neruda: “En mis años de poeta, y de poeta errante, puedo afirmar que la vida no me ha dado contemplar un fenómeno igual de vocación y de eléctrica sabiduría verbal”<sup>78</sup>.

---

<sup>76</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, Buenos Aires: Lautaro, 1958, 16

<sup>77</sup> CHAUVET, *Símbolo y sacramento*, 114

<sup>78</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 338

Habiendo incursionado en la escena intelectual madrileña en 1934 proveniente de su natal Orihuela, su imagen de poeta cabrero, tan ampliamente celebrada por personajes de la talla de Vicente Aleixandre, María Zambrano y Octavio Paz, cedió el paso a un compromiso extremo por la causa del pueblo pobre español, al cual pertenecía. Su participación en las misiones pedagógicas, su adhesión a la causa republicana al interior del Quinto Regimiento y obras tales como *Viento del pueblo* y *El hombre asecha* hicieron que aquel talentoso escritor campesino de origen humilde fuese reconocido en vida como el poeta del pueblo, por excelencia.

Mas, el hondo aprecio por parte de la población históricamente más oprimida en España se traduciría tiempo después en una encarnizada desconfianza proveniente del sector conservador que terminaría por imponerse al finalizar la contienda en que años atrás, a causa de la violencia, había muerto asesinado Federico García Lorca.

*Cancionero y romancero de ausencias* es el último libro que Miguel Hernández escribe. La guerra civil española había llegado a su fin, y el poeta, habiendo intentado escapar sin éxito de las persecuciones políticas del nuevo régimen, es encarcelado el 4 de mayo de 1939. En el marco de estos acontecimientos elabora una colección de composiciones mayoritariamente en metro menor, acerca de la cual escribe José Carlos Rovira en la introducción a la edición facsímil:

El final de la guerra, la acumulación de una historia que es ahora destrucción y muerte, el presentimiento inmediatamente materializado de la cárcel, la muerte de su primer hijo, la ausencia de la amada, las esperanzas que provoca el nacimiento del segundo hijo, desarrollan una inflexión en la obra poética en la que cae toda tonalidad épica para modular la escritura hacia una intimación acorde con las nuevas circunstancias<sup>79</sup>.

Muere, finalmente, el 28 de marzo de 1942 de tuberculosis, a raíz de las condiciones inhumanas en las que se vio obligado a ir de una cárcel a otra durante los más de dos años que duró su cautiverio. En carta fechada el 12 de septiembre de 1939, al inicio del largo y extenuante *via crucis* que lo conduciría a su defunción en la enfermería de la cárcel de Alicante, Miguel Hernández escribe a su esposa y a su segundo hijo (el único que les sobreviviría a la desgracia), quienes desde la distancia vivían a su manera el drama de una España en la que el hambre se propagaba.

Mi querida Josefina:

Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí, y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando esas coplillas que le he hecho, ya que aquí no hay para mí otro quehacer que escribiros a vosotros y desesperarme. Prefiero lo primero y así no hago más que eso.

---

<sup>79</sup> Ibid., 347

¡Pobre cuerpo! Entre sarna, piojos, chinches y toda clase de animales, sin libertad, sin ti, Josefina, y sin ti, Manolillo de mi alma, no sabe a ratos qué postura tomar, y al fin toma la de la esperanza que no se pierde nunca. Así veo pasar un día y otro día, esperanzado y deseoso de correr a vuestro lado y meterme en nuestra casa y no saber en mucho tiempo nada del mundo, porque el mundo mejor está entre tus brazos y los de nuestro hijo.

¡Ay, Josefina mía! No nos queda otro remedio que aguantar todo lo malo que nos viene y nos puede venir, para el día que nos toque aguantar lo bueno. ¿Verdad que llegará ese día? Yo nunca he dudado de que llegará y de que seremos más felices que hasta aquí hemos sido.

Manolillo: adiós, un beso ¡pum! Otro beso ¡pum! Otro, otro, otro, ¡pum, pum, pum!

Josefina: recibe para ti y para nuestro hijo y para nuestros hijos mayores el cariño encerrado y empujado y... perdido de tu preso

Miguel, adiós<sup>80</sup>.

Un mismo espíritu late en *Cancionero y romancero de ausencias*, que por aquellas fechas era escrito por el poeta. En él podemos constatar de qué forma todo auténtico regalo es un sacrificio, y al mismo tiempo, comprender las consideraciones de Andrei Tarkovski sobre el artista:

---

<sup>80</sup> [http://www.lainsignia.org/2005/marzo/cul\\_065.htm](http://www.lainsignia.org/2005/marzo/cul_065.htm) (consultado el 30 de octubre de 2010)

Como el hombre religioso tiene que someterse a la ascesis, al sacrificio de los propios intereses egoístas para entrar en comunicación con lo divino, así también el artista tiene que entregarse y perder su propia identidad y sacrificar el logro de sus intereses, si quiere que su obra se cargue de sentido, de relación con lo Absoluto y produzca por ello consecuencias duraderas sobre los espectadores<sup>81</sup>.

Hay un alcance trascendental en aquel conjunto de poemas que el poeta de Orihuela elaboró de manera agónica durante su cautiverio. Las diversas lecturas colectivas llevadas a cabo en el último año han sido ocasión para ser alcanzados por la excedencia que en el texto habita.

Con el fin de dejarnos sorprender en aquella región existencial desde la cual se hace posible al hombre “oír la palabra mediante la cual el misterio silente se presencia”<sup>82</sup>, nuestra intención a lo largo de las siguientes páginas es llevar a cabo una invitación al Umbral. De lo que se trata es de realizar una incursión en compañía del lector a través de las imágenes poéticas de la obra por medio de la cual nos sea posible situarnos ante los diversos modos de ser-en-el-mundo que ésta nos descubre. No será este el espacio para pretender grandes elucubraciones, sino para invitar a creer en las palabras, cediéndoles terreno.

Aquel que acerca de sí mismo logró decir: “Voy alado a la agonía/ arrastrándome me veo/ en el umbral, en el fondo/ latente del nacimiento”<sup>83</sup>; nos posibilita acceder a través de las imágenes del diario íntimo que constituye su última obra, *Cancionero y romancero de*

---

<sup>81</sup> LLANO, Rafael, El cine y el poder transformador de la belleza, <http://www.andreitarkovski.org/articulos.html>, (consultado el 24 de septiembre de 2010)

<sup>82</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 460

<sup>83</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 291

*ausencias*, a uno de los despliegues más desgarradores del existir poético del hombre y, con éste, del destino mismo del poeta en un mundo como el actual, trasgredido por la ruptura de la integralidad.

Así canta Miguel Hernández desde la cárcel en su poema *Eterna sombra*, uno de los últimos que componen su obra póstuma:

*Yo que creí que la luz era mía  
precipitado en la sombra me veo.  
Ascuasolar, sideral alegría  
ígnea de espuma, de luz, de deseo.*

*Sangre ligera, redonda, granada:  
raudo anhelar sin perfil ni penumbra.  
Fuera, la luz en la luz sepultada.  
Siento que sólo la sombra me alumbra<sup>84</sup>.*

Sumido en la oscuridad del cautiverio, el poeta nos abre con su texto al mundo conflictivo de la situación extrema por la que atraviesa. Un ansia de excedencia se enfrenta a la multitud de condicionamientos con los que nos encontraremos a lo largo de sus líneas.

---

<sup>84</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, 133

Ante la gran soledad que se le impone y, sintiendo negársele la luz, Hernández exclama:

“¡Qué lejanía de opacos latidos!”<sup>85</sup>. Y prosigue:

*Falta el espacio. Se ha hundido la risa.*

*Ya no es posible lanzarse a la altura.*

*El corazón quiere ser más de prisa*

*fuerza que ensancha la estrecha negrura.*

Mas, dentro del aire sin vuelo, el Yo poético parece no encontrar rastro alguno del día:

*Todo lo que significa*

*golondrinas, ascensión,*

*claridad, anchura, aire,*

*decidido espacio, sol,*

*horizonte aleteante,*

*sepultado en un rincón*<sup>86</sup>.

Como es de notar, la *fatalidad* se alza ante nosotros como rasgo doloroso que determina los contornos de la obra hernandiana. Una y otra vez la veremos posarse sobre el destino de sus protagonistas a la manera de un traje que encadena.

---

<sup>85</sup> Ibid., 134

<sup>86</sup> Ibid.

Esto escribe el poeta a su esposa, recordando la ausencia del hijo muerto, el primogénito, cuya defunción tanta tristeza dejó en sus corazones:

*Entre las fatalidades*

*que somos tú y yo, él ha sido*

*la fatalidad más grande*<sup>87</sup>.

Un niño que trajo la mayor de las alegrías, pero que partió con tan sólo diez meses en la luz:

*Fue una alegría de una sola vez,*

*de esas que no son nunca más iguales.*

*El corazón, lleno de historias tristes,*

*fue arrebatado por las claridades.*

*Fue una alegría como la mañana,*

*que puso azul el corazón, y grande,*

*más comunicativo su latido,*

*más esbelta su cumbre aleteante.*

---

<sup>87</sup> Ibid., 22

*Fue una alegría que dolió de tanto  
encenderse, reírse, dilatarse.*

*Una mujer y yo la recogimos  
desde un niño rodado de su carne.*

*(...)*

*Fue una alegría para siempre sola,  
para siempre dorada, destellante.*

*Pero es una tristeza para siempre,  
porque apenas nacida fue a enterrarse<sup>88</sup>.*

“Ausente, ausente, ausente como la golondrina”<sup>89</sup>, el hijo muerto yace en el cementerio,  
donde la mujer y el esposo lo saben remoto:

*El cementerio está cerca  
de donde tú y yo dormimos,  
entre nopales azules;  
pitas azules y niños  
que gritan vívidamente  
si un muerto nubla el camino.  
De aquí al cementerio, todo  
es azul, dorado, límpido.*

---

<sup>88</sup> Ibid., 62

<sup>89</sup> Ibid., 56

*Cuatro pasos, y los muertos.*

*Cuatro pasos, y los vivos.*

*Límpido, azul y dorado,*

*se hace allí remoto el hijo<sup>90</sup>.*

Somos situados de este modo ante al *mal* del que adolecen tanto el poeta como su esposa.

Unido a la *fatalidad* que acompaña la obra hernandiana, el mal peor, el mal de las *ausencias*, nos permite entender por qué Hernández canta:

*Ausencia en todo veo:*

*tus ojos la reflejan.*

*Ausencia en todo escucho:*

*tu voz a tiempo suena.*

*Ausencia en todo aspiro:*

*tu aliento huele a hierba.*

*Ausencia en todo toco:*

*tu cuerpo se despuebla.*

*Ausencia en todo pruebo*

*tu boca me destierra.*

*Ausencia en todo siento:*

*ausencia, ausencia, ausencia<sup>91</sup>.*

---

<sup>90</sup> Ibid., 65

<sup>91</sup> Ibid., 25

Sin embargo, *Cancionero y romancero de ausencias* sería una obra cerrada en sí misma, impenetrable e incapaz de tocarnos, si ante la *ausencia* el *deseo* no delatara una demanda de *presencia*, una respuesta definitiva para el ansia eterna que, aun en los momentos más agónicos, siempre acompañó al poeta.

Dejemos que sea el mismo Miguel Hernández quien, permitiéndonos ahondar en las regiones imaginarias más relevantes de su obra póstuma, nos conduzca hacia el Umbral, el lugar donde la agonía y el nacimiento se confunden, y la ausencia asiste a la irrupción de la presencia ansiada; donde el Yo poético, desde el fondo del dolor que su situación límite le impone, constata para sí: “Encadenado a un traje, parece que persigo/ desnudarme, librame de aquello que no puede/ ser yo y hace turbia y ausente la mirada”<sup>92</sup> y, al mismo tiempo, vislumbra en medio de la *fatalidad* la posibilidad de escribir: “Pero hay un rayo de sol en la lucha que siempre deja la sombra vencida”<sup>93</sup>. En él ubicamos al alcance trascendente del poemario, la validez de una lectura estético teológica como la que nos compete.

Junto al trato que el autor establece desde el cautiverio con su esposa, asunto del que nos ocuparemos líneas más adelante, la figura del hijo muerto, sangre primera que brotó de su relación con Josefina Manresa, es uno de los temas más recurrentes en *Cancionero y romancero de ausencias*. Ni siquiera el advenimiento del segundo hijo logrará borrar el recuerdo de la temprana desaparición del primogénito, aquel niño ante cuyo nacimiento Miguel Hernández, mostrándose lleno de optimismo, había escrito tiempo atrás en *Canción*

---

<sup>92</sup> Ibid., 97

<sup>93</sup> Ibid., 134

*del esposo soldado: “Para el hijo será la paz que estoy forjando”*<sup>94</sup>. Nostalgia y ternura se entremezclarán siempre en las recurrentes alusiones del padre:

*Muerto mío.*

*Te has ido con el verano.*

*¿Sientes frío?*<sup>95</sup>

...

*Muerto mío, muerto mío:*

*nadie nos siente en la tierra*

*donde haces caliente el frío*<sup>96</sup>.

Signo de claridad, dueño de ojos solares, el hijo se aleja con la sombra, haciéndose más remoto cada vez.

*Te ha devorado el sol, rival único y hondo*

*y la remota sombra que te lanzó encendido;*

*te empuja luz abajo llevándote hasta el fondo,*

*tragándote; y es como si no hubieras nacido*<sup>97</sup>.

Mas, desde la remota ausencia la presencia es reclamada.

---

<sup>94</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 235

<sup>95</sup> *Ibid.*, 311

<sup>96</sup> *Ibid.*, 284

<sup>97</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, 56

*La fuerza que me arrastra*

*hacia el sur de la tierra*

*es mi sangre primera.*

*La fuerza que me arrastra*

*hacia el fondo del sur,*

*muerto mío, eres tú<sup>98</sup>.*

Así, ausencia y presencia quieren eclipsarse en el encuentro; poniendo de manifiesto una tensión entre el Yo poético del padre y el Tú del hijo muerto, se anhelan mutuamente.

*Si te perdiera...*

*Si te encontrara*

*bajo la tierra.*

*Bajo la tierra*

*del cuerpo mío,*

*siempre sedienta<sup>99</sup>.*

No es la *tierra* región fatal en que se imputa una absoluta separación, sino ámbito fecundo para un posible hallazgo entre vivos y muertos; umbral entre dos sangres que se buscan y se encuentran lejanas; mediación dispuesta para un trato no del todo imposible:

---

<sup>98</sup> Ibid., 61

<sup>99</sup> Ibid., 29

*Me descansa*

*sentir que te arrullan*

*las aguas.*

*Me consuela*

*sentir que te abraza*

*la tierra.*

...

*Dime desde allá abajo*

*la palabra te quiero.*

*¿Hablas bajo la tierra?*

*Hablas como el silencio.*

*¿Quieres bajo la tierra?*

*Bajo la tierra quiero*

*porque hacia donde cruzas*

*quiere cruzar mi cuerpo.*

*Ardo desde allá abajo*

*y alumbro tu recuerdo<sup>100</sup>.*

---

<sup>100</sup> Ibid., 75

Nótese cómo en *Cancionero y romancero de ausencias* somos enfrentados a un sorprendente mundo de relación, donde los muertos laten junto a los vivos de manera terca y, épicamente, movido por la demanda del otro, un padre poetiza desde la distancia en referencia a los suyos. Estamos en lo que Louis Marie Chauvet llama “el régimen del deseo”, donde “sujetos realizan un intercambio; y lo que intercambian, bajo la instancia del otro, es su falta de ser, poniéndose así en presencia mutua en el seno de su ausencia de ese modo ahondada”<sup>101</sup>. El *cuerpo*, entonces, habitado por un antiguo vacío de cielo desalentado sucumbe ante una constatación:

*Cada vez más presente.*

*Como si un rayo raudo*

*te trajera a mi pecho.*

*Como un lento, rayo*

*lento.*

*Cada vez más ausente.*

*Como si un tren lejano*

*recorriera mi cuerpo.*

*Como si un negro barco*

*negro*<sup>102</sup>.

---

<sup>101</sup> CHAUVET, *Símbolo y sacramento*, 114

<sup>102</sup> *Ibid.*, 66

Ausencia y presencia no se resignan a constituirse más en contrarios irreconciliables. En la referencia a su hijo muerto, como en todas las imágenes poéticas que brotan del *deseo* más recóndito del poeta y condensan su obra, Miguel Hernández nos ofrece una posibilidad de mutuo hallazgo, un horizonte de encuentro más allá de toda separación.

Como veremos en las siguientes líneas, una misma dinámica rige la relación que desde el cautiverio el poeta establece con su esposa, a quien escribe:

*¿Qué exaltaré en la tierra que no sea algo tuyo?*

*A mi lecho de ausente me echo como a una cruz*

*de solitarias lunas del deseo, y exalto*

*la orilla de tu vientre*<sup>103</sup>.

Mas, al interior de la ya conocida tensión ausencia-presencia, el autor introduce esta vez el antagonismo por el que, cual pájaro al que se niega el vuelo, se halla sin *libertad*.

*No es posible acariciarte*

*con las manos que me dio*

*el fuego de más deseo,*

*el ansia de más ardor.*

*Varias alas, varios vuelos*

---

<sup>103</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 289

*abaten en ellas hoy*  
*hierros que cercan las venas*  
*y las muerden con rencor.*  
*Por amor, vida, abatido,*  
*pájaro sin remisión.*  
*Sólo por amor odiado.*  
*Sólo por amor*<sup>104</sup>.

Nuestra pregunta por los modos posibles de ser-en-el-mundo a los que la obra nos abre nos sitúa ahora ante el enfrentamiento que tiene lugar en *Cancionero y romancero de ausencias* entre el amor y el odio. Sólo en él reside el motivo de la situación de cautiverio que el poeta experimenta y por la cual se le niega la *libertad*.

Como dos fuerzas contrarias, una tendiente al encuentro y otra a la disgregación, amor y odio imprimen un carácter cada vez más dramático sobre la epopeya hernandiana.

*¿Qué sigue queriendo el viento*  
*cada vez más enconado?*  
*Separarnos*<sup>105</sup>.

---

<sup>104</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, 94

<sup>105</sup> *Ibid.*, 71

Sin embargo, propio del poeta es perseverar en su ansia. Un poder de *excedencia*, del cual se halla carente el odio, acompaña al amor en la obra hernandiana. Aun sabiéndose “encadenado, escupido, sin calor, a los pies de la tiniebla más súbita, más feroz”, el poeta no deja de reconocer a su esposa mientras escribe:

*No puedo olvidar  
que no tengo alas,  
que no tengo mar,  
vereda ni nada  
con que irte a besar<sup>106</sup>.*

Desde entonces, la palabra poética, fecundada por la excedencia del amor mismo, permitirá a Miguel Hernández reconfigurar el mundo en el que habita y presentarnos una nueva situación en que la trascendencia se despliega. He aquí uno de los textos más relevantes en los que claramente se funda nuestra intuición:

*No, no hay cárcel para el hombre.  
No podrán atarme, no.  
Este mundo de cadenas  
me es pequeño y exterior.  
¿Quién encierra una sonrisa?*

---

<sup>106</sup> Ibid., 37

*¿Quién amuralla una voz?*

*A lo lejos tú, más sola*

*que la muerte, la una y yo.*

*A lo lejos tú, sintiendo*

*en tus brazos mi prisión:*

*en tus brazos donde late*

*la libertad de los dos.*

*Libre soy. Siénteme libre.*

*Sólo por amor<sup>107</sup>.*

Sólo por amor, la obra póstuma hernandiana nos conduce por senderos en que se despliega ante nosotros una paradójica complejidad poética y existencial. Propagando desde la corporalidad de la esposa los espacios desde los cuales el poeta accede a *un horizonte de sentido* mayor que la oscuridad de espacios cerrados propia de la cárcel en que se halla, el infinito habita misteriosamente al interior de sus imágenes:

*Boca que arrastra mi boca:*

*boca que me has arrastrado:*

*boca que vienes de lejos*

*a iluminarme de rayos.*

*Alba que das a mis noches*

---

<sup>107</sup> Ibid., 96

*un resplandor rojo y blanco.*

*Boca poblada de bocas:*

*pájaro lleno de pájaros.*

*(...)*

*Hundo en tu boca mi vida,*

*oigo rumores de espacios,*

*y el infinito parece*

*que sobre mí se ha volcado.*

*(...)*

*Boca que desenterraste*

*el amanecer más claro*

*con tu lengua. Tres palabras,*

*tres fuegos has heredado:*

*vida, muerte, amor. Ahí quedan*

*escritos sobre tus labios<sup>108</sup>.*

La *presencia* de la mujer atraviesa con su luz el vacío de cielo desalentado que deja la *ausencia* en el corazón del poeta. Sólo por amor, el infinito se vuelca allí donde a causa del odio los espacios se habían cerrado dejándolo todo terriblemente ensombrecido; sólo por amor, la palabra poética posibilita la aparición real e irrefutable de lo que hasta el momento el rencor se había obstinado en impedir: ¡la libertad!

---

<sup>108</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 300

*En ti me precipito como en la inmensidad  
de un mediodía claro de sangre submarina,  
mientras el delirante hoyo se hunde en el mar,  
y el clamor se hace hombre.*

*Por ti logro en tu centro la libertad del astro.  
En ti nos acoplamos como dos eslabones,  
tú poseedora y yo. Y así somos cadena:  
mortalmente abrazados<sup>109</sup>.*

Es por fin cuando *Cancionero y romancero de ausencias* de Miguel Hernández se nos presenta como cántico a una *libertad* capaz de desplegarse más allá de todo condicionamiento: “¿Quién encierra una sonrisa? ¿Quién amuralla una voz?”. Ausencia y presencia, finalmente, se han eclipsado a causa de la *excedencia* que late en el amor, toda vez que éste último se constituye en *experiencia de sentido* de un hondo carácter trascendental.

Con motivo de lo anterior, permítasenos volver sobre unos de los versos citados atrás: “Por ti logro en tu centro la libertad del astro”. Una imagen poética clave y recurrente definirá los alcances de la *experiencia de sentido* que late en el poemario como su más hondo dinamismo.

---

<sup>109</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 289

*La libertad es algo  
que sólo en tus entrañas  
bate como el relámpago<sup>110</sup>.*

Considerando al vientre de la mujer centro de la esfera de todo lo que existe, el poeta circunscribe en esta imagen no sólo el despliegue de su libertad, de lo cual ya hemos sido testigos, sino también la resolución de las diversas tensiones que, como algo patente, han determinado la conflictividad de su obra. Así escribe en uno de los poemas más conocidos de *Cancionero y romancero de ausencias*:

*Menos tu vientre,  
todo es confuso.*

*Menos tu vientre,  
todo es futuro,  
fugaz, pasado*

*baldío, turbio.*

*Menos tu vientre,  
todo es oculto.*

*Menos tu vientre,  
todo inseguro,  
todo postrero,  
polvo sin mundo.*

---

<sup>110</sup> Ibid., 292

*Menos tu vientre*

*todo es oscuro.*

*Menos tu vientre*

*claro y profundo*<sup>111</sup>.

Líneas arriba comenzamos a ocuparnos del trato entre el Yo poético hernandiano y la figura de la esposa a partir del siguiente texto: “A mi lecho de ausente me echo como a una cruz/ de solitarias lunas del deseo, y exalto/ la orilla de tu vientre”<sup>112</sup>. Pues bien, baste leer para considerar la relevancia de esta imagen poética al interior del poemario póstumo de Miguel Hernández. “Ventre: carne central de todo lo existente”<sup>113</sup>; ámbito de encuentro fundamental de la obra del poeta de Orihuela, donde la *fatalidad* tantas veces contemplada asiste a la aurora de la *libertad*, y en el despliegue de la más notable *comuni6n* entre hombre y mujer es salvada la distancia entre ausencia y presencia en un consolador eclipse de contrarios.

Una vez más el umbral se abre ante nosotros. Aquel que ha sufrido como pocos la fatalidad de una vida enfrentada a la muerte de manera injusta, herido por la negaci6n de la libertad, recibe desde el seno del lenguaje la posibilidad de auto-trascenderse en el desarrollo de su ejercicio poético. El horizonte de sentido propio de este nivel de la poética de Miguel

---

<sup>111</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, 48

<sup>112</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 289

<sup>113</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, 124

Hernández posibilitará incluso cultivar a partir de la imagen del *vientre* la esperanza de una posteridad en el tiempo capaz de hacer que la vida no caiga derribada.

Allí donde el vientre de la esposa se había enlutado con la muerte del primer hijo, “Pero en tu vientre, pero en tus ojos, mujer mía, la noche continúa cayendo desolada”<sup>114</sup>, un nuevo parto abre al poeta más allá de sí, hacia la región de la luz. Así canta en el diario íntimo de su poemario ante el alegre y esperanzador advenimiento de su segundo hijo:

*Tú eres el alba, esposa: la principal penumbra,  
recibes entornadas las horas de tu frente.  
Decidido al fulgor, pero entornado, alumbra  
tu cuerpo. Tus entrañas forjan el sol naciente*<sup>115</sup>.

El vientre femenino se constituye, entonces, en evento de un nuevo amanecer, lugar en que una vez más el sol irrumpe ante quien se sentía sumido en una “Eterna sombra”:

*Se puso el sol.  
Pero tu temprano vientre  
de nuevo se levantó*

---

<sup>114</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, <http://www.mhernandez.narod.ru> (consultado el 20 de julio de 2010)

<sup>115</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, Buenos Aires: Lautaro, 1958, 103

*por el Oriente*<sup>116</sup>.

...

*Centro de claridades, la gran hora te espera  
en el umbral de un fuego que el fuego mismo abrasa:  
te espero yo, inclinado como el trigo a la era,  
colocando en el centro de la luz nuestra casa*<sup>117</sup>.

Para siempre fundidos en el hijo, que como el nuevo sol nace, fundidos como anhelan sus ansias voraces, la más antigua de las luchas del existir humano quiere ser zanjada a favor de la prolongación de la existencia:

*Pero no moriremos. Fue tan cálidamente  
consumada la vida como el sol, su mirada.  
No es posible perdernos. Somos plena simiente.  
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada*<sup>118</sup>.

Más allá de vida y muerte, la total comunión que en el vientre se instaura conlleva la posteridad del encuentro y unidad propias del Tú y Yo conyugal de la obra hernandiana. Y de igual manera que vida y muerte ven salvada la distancia entre sí, vivos y muertos, por

---

<sup>116</sup> Ibid., 135

<sup>117</sup> Ibid., 103

<sup>118</sup> Ibid., 122

acción del amor familiar en que desemboca la epopeya de *Cancionero y romancero de ausencias*, dejan de estar separados por un abismo infranqueable:

*Con el amor auestas, dormidos y despiertos,  
seguiremos besándonos en el hijo profundo.*

*Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,  
se besan los primeros pobladores del mundo<sup>119</sup>.*

...

*Son míos, ¡ay! son míos  
los bellos cuerpos muertos,  
los bellos cuerpos vivos,  
los cuerpos venideros<sup>120</sup>.*

Cantando al vientre la esposa, en cuyas entrañas ha sido forjado el sol naciente del segundo hijo, el poeta une de igual modo la resolución de su epopeya familiar al destino mismo del género humano, al destino de toda sangre. El vientre de la amada es también región en que se unen el pasado y el futuro de la historia de todos los hombres:

*No te quiero a ti sola: te quiero en tu ascendencia  
y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.*

---

<sup>119</sup> Ibid., 107

<sup>120</sup> Ibid., 50

*Porque la especie humana me han dado por herencia  
la familia del hijo será la especie humana*<sup>121</sup>.

Consumado el carácter trascendental del amor como experiencia de sentido, desde el centro de la corporalidad femenina en que el poeta reconoce la centralidad misma de todo lo existente, puede Miguel Hernández llegar a decir:

*Caudalosa mujer, en tu vientre me entierro.  
Tu caudaloso vientre será mi sepultura.  
Si quemaran mis huesos con la llama del hierro,  
verían qué grabada llevo allí tu figura*<sup>122</sup>.

Y es así como agonía y nacimiento se funden en el Umbral, donde el Tú y el Yo de la epopeya hernandiana, lejos de constituirse en pronombres aislados, salvan la distancia entre ausencia y presencia, muerte y vida, muertos y vivos; y donde el odio, que tantas veces procuró la separación, paradójicamente es trascendido por el amor. Finalmente, quien se arrastra en el Umbral es, al mismo tiempo, quien dotado de alas cantó:

*Voy alado a la agonía,  
arrastrándome me veo*

---

<sup>121</sup> Ibid., 106

<sup>122</sup> Ibid.

*en el umbral, en el fondo*

*latente del nacimiento*<sup>123</sup>.

Llegados a este momento de nuestro recorrido a través de las imágenes de *Cancionero y romancero de ausencias*, recapitulemos nuestro encuentro con el poemario póstumo de Miguel Hernández.

Según las pautas metodológicas para el abordaje de textos poéticos introducidas al final de nuestro primer capítulo, al aproximarnos como lectores a una obra en concreto somos transportados desde el diálogo con ella instaurado hacia los modos posibles de ser-en-el-mundo que el texto nos abre y nos descubre. Y puesto que un exceso de sentido reside en la obra haciendo de ella el evento de múltiples posibles aproximaciones, las presentes líneas, lejos de pretender agotar tal profusión, quieren dar cuenta del diálogo llevado a cabo a lo largo de este segundo capítulo.

Un desolador horizonte de conflictividad sale a nuestro encuentro con tan sólo iniciar el ejercicio de la lectura del poemario póstumo de Miguel Hernández. Determinado primero por la tensión entre la *sombra* del cautiverio sufrido solitariamente y la *luz* de los espacios abiertos en los que prima la libertad que al poeta se le niega, fuimos hechos testigos del enfrentamiento entre el ansia de excedencia por parte del Yo poético de la obra y el drama de la situación en la que se halla inmerso.

---

<sup>123</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 291

Cuando la *fatalidad* que acompaña el mundo del texto se define como su rasgo más distintivo, la distancia respecto a los seres queridos, así como la muerte del primer hijo, nos sitúan ante el mal peor del que adolecen los protagonistas de la epopeya hernandiana: el mal de las *ausencias*.

Ahondar en las imágenes poéticas en el trato establecido con la figura del hijo muerto conlleva considerar una nueva tensión que determina la obra: en el mundo que el texto nos abre como lectores, *ausencia* y *presencia* se buscan para eclipsarse en el *encuentro*. Mas, la nostalgia con relación a la total *comuni3n* sólo hallará plena resoluci3n al profundizar en la relaci3n que une al Yo po3tico hernandiano con el T3 de su esposa.

A este respecto, reconocer el motivo por el cual acaece la negaci3n de la libertad que el poeta sufre al interior del enfrentamiento entre *odio* y *amor*, nos lleva a constatar el poder de excedencia concomitante a 3ste 3ltimo. El amor, constituido en experiencia de sentido de un hondo car3cter trascendental, no s3lo reconfigura los contornos de la fatalidad abriendo paso a la experiencia de la libertad, sino que, propagando los espacios desde el seno de la corporalidad de la mujer, nos sitúa ante un horizonte de plena comuni3n donde ausencia y presencia se encuentran, toda vez que en la imagen po3tica del *vientre* de la mujer la conflictividad, tantas veces acentuada por los m3ltiples contrarios que acompa±an la obra, cede terrenos a la resoluci3n de las ansias comunes.

Sólo entonces una existencia sufrida tantas veces en la fatalidad se hace capaz de descubrir, finalmente, un resquicio por el cual contemplar esperanzadoramente el advenimiento del porvenir. Cuando el amor se constituye en experiencia de sentido la vida fecunda la muerte; el hombre y la mujer se eclipsan desde las profundidades del hijo; y el vientre, carne central de todo lo existente en el que ausencia y presencia se unen, es evento de la unidad entre el destino de la epopeya familiar y la historia de la especie humana.

### III

#### EL HORIZONTE SACRAMENTAL DEL POEMA

*En donde, partiendo de una perspectiva atenta a superar una visión exclusivamente “regional” de la sacramentalidad, exploramos los alcances sacramentales del poema. Desde la noción paulina de “mysterion” nos enfrentamos con la capacidad de la palabra poética para situar al lector ante la gramática trascendental en que se desarrolla el proyecto de Amor divino en la historia.*

*“Con el poema debiera suceder lo que con el Santísimo Sacramento...  
¿cuándo dirá el poeta con el poema incorporado a sus dedos,  
como dice el cura con la hostia: “aquí está DIOS”  
y lo creemos?”<sup>124</sup>*

Miguel Hernández

Como fruto del recorrido llevado a cabo hasta el momento, con la definición de las principales condiciones de posibilidad para descubrir en el lenguaje poético una *apelación* de la experiencia trascendental y la inmersión realizada líneas arriba en las imágenes de *Cancionero y romancero de ausencias* del poeta Miguel Hernández, una pregunta surge en medio de nuestra reflexión: ¿Podría, acaso, la teología, aún más específicamente, la teología pastoral, cuyo principal cometido consiste según Ratzinger en favorecer el encuentro del hombre con la belleza de la fe<sup>125</sup>, evadir la fecundidad del vínculo entre la palabra del poeta y la experiencia histórica de un hombre contemporáneo ansioso de sentido y unidad?

---

<sup>124</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 342

<sup>125</sup> Cfr. RATZINGER, Joseph, *La contemplación de la belleza*, [www.multimedios.org](http://www.multimedios.org) (consultado 15 mayo de 2008)

Recordemos las palabras de Juan Pablo II, con las cuales, no en vano, quisimos definir desde el inicio de nuestro camino un horizonte orientador para el presente inquirir:

El arte, incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa<sup>126</sup>.

A qué nivel se sitúa la “íntima afinidad” que existe entre la palabra poética, en nuestro caso, y el mundo de la fe no es algo que se halle explícito con tan sólo acercarse a la obra del poeta. Como ya lo decíamos, supone una disposición que hemos dado en llamar a lo largo de nuestras líneas “intuición intelectual”, “piedad” o “fe”. Puesta de manifiesto anteriormente al señalar con Rahner que “ocuparse de poesía es una parcela del adiestramiento en el saber oír la palabra de vida”<sup>127</sup>, ésta corresponde, precisamente, a “ese saber escuchar la posibilidad encarnatoria de la palabra humana, la prontitud y la capacidad de encontrar el todo *permaneciendo* en lo individual”; la capacidad, en síntesis, de oír la Palabra hecha carne<sup>128</sup>.

Ahora bien, cuando abordamos la palabra poética al interior de una comprensión de la Poesía como Misterio de la Palabra hecha carne, cual es el enfoque que hemos venido desarrollando al hablar de una “Poética del Umbral” en lo concerniente a la *gramática*

---

<sup>126</sup> JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, n. 10

<sup>127</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 461

<sup>128</sup> *Íbid.*, 458

*trascendental* que une al hombre con Dios, nos topamos con que el nivel en el cual se sitúa la “íntima afinidad” que existe entre la palabra poética y el mundo de la fe corresponde al *plano sacramental*.

Luis Maldonado distingue dos tendencias a la hora de llevar a cabo una profundización en el asunto de la sacramentalidad. Una primera, denominada “regional”, cuyo sentido se limita a designar como sacramentos exclusivamente los comprendidos en el septenario definido por el concilio de Trento; y una segunda, que de manera diversa, considerando la capacidad simbólica de la vida humana, propone que se hable cada vez más de lo *sacramental* y no simplemente del sacramento<sup>129</sup>. Como se podrá dar cuenta el lector, las consideraciones que a continuación presentaremos con relación al horizonte sacramental del poema se ubican al interior de esta segunda tendencia, toda vez que afirmamos en compañía de Bourgeois que “los sacramentos no monopolizan lo sacramental”<sup>130</sup>.

Bajo la forma sustantivada de lo *sacramental*, la *sacramentalidad* sintetiza el conjunto del mundo de la fe: ¿Qué busca Dios al revelarse al ser humano sino la comunión plena entre humanidad y divinidad? En tanto *proyecto* que se va realizando en el tiempo histórico del hombre, la sacramentalidad refiere al universo de mediación en que se establece el trato divino-humano a través del cual Dios pretende llevar a su realización más auténtica la estructura misma de la humanidad en la consolidación de su plan sobre el hombre.

---

<sup>129</sup> MALDONADO, Luis, “Hacia la superación de una noción solamente “regional” de la sacramentalidad”, *Revista española de teología*, 48 (1988): 5

<sup>130</sup> *Íbid.*, 6

Ahora bien, ningún otro término condensa de modo tan profundo el asunto que compete a este enfoque como el de *mysterion* paulino. Desde una perspectiva *sacramental*, atenta a superar una visión exclusivamente *regional* de la sacramentalidad, nos encontramos con que el primer sacramento es la persona humana en la cual Dios está siendo fiel a su proyecto, aconteciendo. Ese gran milagro que es la encarnación de la Palabra en la historia, como devenir permanente de lo sagrado en el mundo humano, fue condición de posibilidad para que “el apóstol de los paganos” reconociera en Cristo el horizonte exclusivo de la plena realización del hombre como imagen de Aquel que ha asumido por completo la condición humana, “*misterio* mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestado al presente”<sup>131</sup>, tal y como leemos en la Carta a los Romanos. Afirma Maldonado: “el misterio, el sacramento cristiano es una realidad histórica que significa y simboliza la presencia real, eficaz, dinámica de la trascendencia en la historia”<sup>132</sup>; y continúa: “la humanidad, la naturaleza humana, el hombre es imagen de Dios, tiene una dimensión icónica, simbólica respecto a Dios y su trascendencia, precisamente porque ha sido creado y constituido con vistas a la encarnación”<sup>133</sup>.

Lo *sacramental*, por tanto, corresponde al *mysterion* en cuanto proyecto de Dios en la historia. La Palabra se ha hecho carne para que el ser humano, realizando en sí mismo la esencia de Dios en cuanto Amor, pueda llegar a adquirir y expresar la *forma* cristiana realizada plenamente en el Crucificado Resucitado. A este respecto podríamos traer a colación las siguientes palabras de Karl Rahner: “él dice como realidad suya exactamente

---

<sup>131</sup> Rom 16, 25

<sup>132</sup> MALDONADO, “Hacia la superación de una noción solamente “regional” de la sacramentalidad”, 11

<sup>133</sup> *Íbid.*, 12

lo que somos nosotros, constituye el contenido de nuestra esencia y de nuestra historia (...) dice lo que somos nosotros: la frase en la que Dios podría ponerse a sí mismo fuera de sí, pues él es el amor”<sup>134</sup>.

Afirmar que el poema puede llegar a alcanzar dimensiones sacramentales, o lo que es lo mismo, considerar que el nivel en el cual se sitúa la “íntima afinidad” que existe entre la palabra poética y el mundo de la fe corresponde al *plano sacramental*, equivale a sostener que el trato con las palabras-imágenes, de las cuales el poeta es servidor, puede llegar a favorecer que cualquier persona se integre históricamente a lo *sacramental*, alcanzando una cierta percepción de la *gramática trascendental* en que se halla inserta la vida humana. De ahí que el autor de *Espíritu en el mundo* escriba: “oír bien la palabra supone siempre escuchar atentamente hacia lo hondo, hacia la más íntima profundidad de cada palabra, en la espera de que quizás *precisamente ahí*, al afirmar al hombre y su mundo, llegue a ser de pronto la palabra del amor infinito”<sup>135</sup>.

Precisamente, *la Palabra del amor infinito* capaz de revelarnos lo que somos más profundamente sale a nuestro encuentro desde el trato con uno de los poemas más conmovedores al interior de la obra póstuma de Miguel Hernández, *Cancionero y romancero de ausencias*. Recordemos lo que escribía el poeta en *Antes del odio*:

---

<sup>134</sup> RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, 266

<sup>135</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 460

*Amor, tu bóveda arriba  
y yo abajo siempre, amor,  
sin otra luz que estas ansias,  
sin otra iluminación.*

*Mírame aquí encadenado,  
escupido, sin calor,  
a los pies de la tiniebla  
más súbita, más feroz,  
comiendo pan y cuchillo  
como buen trabajador  
y a veces cuchillo sólo,  
sólo por amor.*

*Todo lo que significa  
golondrinas, ascensión,  
claridad, anchura, aire,  
decidido espacio, sol,  
horizonte aleteante,  
sepultado en un rincón.*

*Esperanza, mar, desierto,  
sangre, monte rodador:*

*libertades de mi alma  
clamorosas de pasión,  
desfilando por mi cuerpo,  
donde no se quedan, no,  
pero donde se despliegan,  
sólo por amor.*

*Porque dentro de la triste  
guirnalda del eslabón,  
del sabor a carcelero  
constante, y a paredón  
y a precipicio en acecho,  
alto, alegre, libre soy.  
Alto, alegre, libre, libre,  
sólo por amor.*

*No, no hay cárcel para el hombre.*

*No podrán atarme, no.*

*Este mundo de cadenas  
me es pequeño y exterior.*

*¿Quién encierra una sonrisa?*

*¿Quién amuralla una voz?*

*A lo lejos tú, más sola*

*que la muerte, la una y yo.*

*A lo lejos tú, sintiendo*

*en tus brazos mi prisión:*

*en tus brazos donde late*

*la libertad de los dos.*

*Libre soy. Siénteme libre.*

*Sólo por amor*<sup>136</sup>.

Para el autor de *Oyente de la Palabra*: “cuanto más hondamente lleva al hombre la gran poesía a los abismos fundantes de su existencia, tanto más le obliga a humanas realizaciones de sí mismo, oscuras y misteriosas”<sup>137</sup>. Pues bien, al llevar consigo lo que significan, las palabras del poema nos enfrentan a la capacidad del hombre para auto-trascenderse más allá de sí. El “Yo” que se sabe prisionero “*encadenado, escupido, sin calor*” es, al mismo tiempo, “dentro de la triste guirnalda del eslabón”, quien reconociéndose alto y alegre anuncia la imposibilidad de una cárcel definitiva para el hombre. Paradójicamente, al interior del poema la experiencia del amor se constituye en acontecimiento de una inigualable libertad, aquella que para Andrei Tarkovski

---

<sup>136</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 299

<sup>137</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 464

precisamente consistía en “sacrificarse en nombre del amor”<sup>138</sup>, es decir, en nombre de lo esencialmente humano y eterno en cada uno.

¿No estamos, acaso, ante el Misterio del Amor divino capaz de superar todo condicionamiento al interior del cautiverio en que a veces es convertida la vida humana? Si, según Rahner, “el cristiano cree que a través de este cautiverio hay una puerta hacia la libertad, hacia una libertad que no podemos conseguir a la fuerza, sino que nos da Dios, en cuanto él se entrega a sí mismo a través de todos los cautiverios de nuestra existencia”<sup>139</sup>, ¿por qué no confesar la irrupción la Palabra del amor divino en las palabras poéticas de Miguel Hernández? ¿Por qué no reparar, incluso, en aquello que escribió en cierta ocasión al interrogarse acerca de su concepto de la poesía: “con el poema debiera suceder lo que con el Santísimo Sacramento... ¿cuándo dirá el poeta con el poema incorporado a sus dedos, como dice el cura con la hostia: “aquí está DIOS” y lo creemos?”<sup>140</sup>?

A este nivel, más allá de un asunto de aceptación exclusivamente intelectual, creer, reconociendo por tanto un horizonte sacramental del poema, supone un acto de percepción y entrega estética.

Según Hans Urs Von Balthasar, la Belleza en que el Amor divino se revela al hombre es *forma* que, en cuanto visible, no sólo remite a un misterio profundo e invisible, sino además

---

<sup>138</sup> TARKOVSKI, *Esculpir en el tiempo*, 199

<sup>139</sup> RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, 464

<sup>140</sup> HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, 342

lo manifiesta<sup>141</sup>. Por su parte, Rahner considera que dicha manifestación acontece sobre todo en la palabra, “cuerpo del misterio infinito y ya no mero indicador”<sup>142</sup>. Pues bien, para nosotros la Belleza del amor divino, abriéndonos el horizonte sacramental del poema, ha irrumpido gracias al trato con la obra hernandiana, llegando a enfrentarnos a lo más profundamente humano: la apertura en lo finito al amor divino que habita en el hombre permitiéndole ir más allá de sus propios cautiverios para darse libremente.

Toda vez que la palabra poética se hace lugar en que la Palabra del Amor divino se dice históricamente, es revelado al ser humano a través de ella el misterio de la más alta posibilidad que le es dado esperar para sí: ser “la frase en la que Dios podría ponerse a sí mismo fuera de sí, pues él es el amor”<sup>143</sup>. En efecto, la Palabra se ha hecho carne para que el ser humano, realizando en sí mismo la esencia de Dios en cuanto Amor, pueda llegar a adquirir y expresar la *forma* cristiana realizada plenamente en el Crucificado Resucitado.

Ciertamente, la obra de Miguel Hernández, escrita en medio de un sin número de condicionamientos, nos ha permitido profundizar en el horizonte sacramental de la palabra poética: el trato con el poema puede llegar a favorecer que como lectores nos integremos históricamente a la *gramática trascendental* en que se halla inserta la vida humana, el universo de mediación en el cual se nos posibilita reconocer que el hombre “nos es el

---

<sup>141</sup> VON BALTHASAR, *La percepción de la forma*, 141

<sup>142</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 459

<sup>143</sup> RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, 266

infierno herméticamente cerrado de su propia nada, sino también la tierra bella y bendecida, sobre la que se extiende el cielo de la infinitud y *libertad* divinas”<sup>144</sup>.

He aquí el asiento para defender la validez de una promoción del abordaje de textos poéticos en ambientes pastorales, e incluso para sugerir, en el marco de un encuentro ameno con la poesía, un diálogo apostólico con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, en especial con los no creyentes y los indiferentes. La familiaridad con la obra de arte, en nuestro caso, con el poema, es un lugar dentro del cual puede abrirse un *Umbral*, la región existencial desde la cual “oír la palabra mediante la cual el misterio silente se presencia”<sup>145</sup> para hablarle al ser humano acerca del más alto proyecto de realización que le es dado esperar en la historia.

---

<sup>144</sup> RAHNER, “Oración por quienes se dedican a una actividad creadora en el campo del espíritu”, 432

<sup>145</sup> RAHNER, “La palabra poética y el cristiano”, 460

## CONCLUSIÓN

Al termino de nuestro recorrido por estas páginas, nuestra mirada regresa sobre las diversas circunstancias pastorales que han favorecido el surgimiento de nuestra inquietud con relación al valor de la palabra poética en el marco del diálogo apostólico que el educador cristiano está llamado a propiciar con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, en especial con los no creyentes e indiferentes.

La labor educativa que antecede y acompaña la presente elaboración teológico-pastoral ha sido lugar de permanentes constataciones sobre la riqueza de las reflexiones desarrolladas en los últimos años por parte del Pontificio Consejo de la Cultura. A este nivel, una y otra vez hemos evidenciado la eficacia de una pastoral capaz de reconocer, a partir del fomento de una apreciación estética de las formas artísticas, un puente hacia el redescubrimiento de lo sagrado.

*Hacia una Poética del Umbral* quiso ser la formulación teórica de los contornos de una *experiencia* que a nivel práctico ha enriquecido profundamente el campo de posibilidades de nuestro ejercicio pastoral. Al proponer el abordaje de textos poéticos relevantes en circunstancias formativas nos hemos enfrentado, una y otra vez, a la fecundidad del trato entre la obra del poeta y la situación histórica del hombre actual, ansioso de sentido y unidad.

Ciertamente, un texto poético puede constituirse en mediación a la experiencia de Dios, toda vez que nos es dado esperar del trato con el poema una apelación por parte de la *gramática trascendental* en que lo divino y lo humano acontecen. Así, aun en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, la palabra poética continúa siendo un puente tendido hacia la experiencia religiosa.

¿Cómo dejar de reconocer en poemas tales como los escritos por Miguel Hernández durante circunstancias límite de su vida que al interior de la palabra humana late la posibilidad de percibir la Palabra capaz de revelarle al hombre el misterio de su más alta posibilidad?

Partiendo de una comprensión de la situación histórica en que el hombre desarrolla su existencia al interior del lenguaje, y ocupándonos de la dimensión simbólica en que acontece la existencia humana en su relación con el Misterio Divino, nuestra comprensión de la Poesía como devenir mismo de la Palabra hecha carne nos ha llevado a descubrir, incluso, el horizonte sacramental del poema en su capacidad de poner de manifiesto la *gramática* que une al hombre con Dios.

Al lector le corresponde atravesar el Umbral, creer en las palabras del poeta cediendo terrenos a la presencia de Aquel que, asumiendo la condición finita, se hace cercano para interpelarnos. Cuando esto ocurre, reconocemos que el ansia del hombre con relación al sentido y a la unidad se halla referida a un panorama de infinitud cuya realización absoluta

acontece únicamente gracias al amor. En efecto, cuando el hombre se entrega, dándose a sí mismo aun en medio de los cautiverios más sombríos de su existencia, es la Palabra misma quien se dice a través de él como comunicación histórica del amor divino. Sólo entonces el existir poético del ser humano en el que acontece su trato con Dios alcanza su plenitud, toda vez que la persona misma se hace evento de lo simbólico, lugar en que la Realidad de Dios se manifiesta como Belleza que salvará al mundo.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

1. BLANCH, Antonio, *El hombre imaginario*, Madrid: PPC, 1995
2. CHAUVET, Louis Marie, *Símbolo y sacramento*, Barcelona: Herder, 1991
3. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*
4. CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Via Pulchritudinis*, Madrid: BAC, 2008
5. FORTE, Bruno, *En el umbral de la Belleza*, Valencia: Edicep, 2004
6. GADAMER, Hans, *Estética y hermenéutica*, Madrid: Tecnos, 1998
7. HEIDEGGER, Martin, *Interpretaciones sobre la poesía de Holderlin*, Barcelona: Ariel, 1983
8. HERNÁNDEZ, Miguel, *Antología poética*, Edición de José Luis Ferris, Madrid: Espasa Calpe, 2000
9. HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*, Buenos Aires: Lautaro, 1958
10. JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*
11. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*
12. JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*
13. LÓPEZ, Alfonso, *Análisis estético de obras literarias*, Madrid: Narcea, 1982
14. LÓPEZ, Francisco, *La belleza memoria de la Resurrección*, Burgos: Monte Carmelo, 2008
15. MAETERLINCK, Maurice, *El tesoro de los humildes*, Montevideo: Claudio García, 1922
16. MALDONADO, Luis, “Hacia la superación de una noción solamente “regional” de la sacramentalidad”, *Revista española de teología*, 48 (1988): 5
17. MELANO, Beatriz, *Hermenéutica Metódica: Teoría de la interpretación según Paul Ricoeur*, Buenos Aires: Círculo, 1983
18. OTTO, Rudolf, *Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, Madrid : Alianza, 1980

19. PADILLA, Luis, *Intuiciones de Calasanz sobre la formación escolapia*, Madrid: ICCE, 1998
20. PANIKKAR, *La Trinidad una experiencia humana primordial*, Madrid: Siruela, 2004,
21. RAHNER, Karl, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona: Herder, 1984
22. RAHNER, Karl, “La palabra poética y el cristiano” en *Escritos de Teología*, Volumen III, Madrid: Taurus, 1961
23. RAHNER, Karl, “Oración por quienes se dedican a una actividad creadora en el campo del espíritu” en *Escritos de Teología*, Volumen VII, Madrid: Taurus, 1961
24. RAHNER, Karl, “Sacerdote y poeta” en *Escritos de Teología*, Volumen III, Madrid: Taurus, 1961
25. SALINAS, PEDRO, *La voz a ti debida*, Madrid: Alianza, 2005
26. SOLOVIOV, Vladimir, *Teohumanidad*, Salamanca: Sígueme, 2006
27. TARKOVSKI, Andrei, *Esculpir en el tiempo*, México: UANM, 2005
28. TRONCOSO, Luis, “**El poema espacio donde la otredad manifiesta la trascendencia**”, *Universitas Humanística*, 36 (1992)
29. VATTIMO, Giani, *Poesía y ontología*, Valencia: Universidad de Valencia, 1993
30. VON BALTHASAR, Hans Urs, *La percepción de la forma*, vol. 1 de *Gloria: Una estética teológica*, Madrid: Encuentro, 1985
31. ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino*, México: Fondo de Cultura Económica, 1966

#### CONSULTAS EN PÁGINAS WEB

1. BENEDICTO XVI, *Discurso a los artistas*,  
<http://www.zenit.org>  
(consultado el 21 de noviembre de 2009)
  
2. HERNÁNDEZ, Miguel, *Carta a Josefina Manresa*,  
[http://www.lainsignia.org/2005/marzo/cul\\_065.htm](http://www.lainsignia.org/2005/marzo/cul_065.htm)  
(consultado el 30 de octubre de 2010)
  
3. HERNÁNDEZ, Miguel, *Cancionero y romancero de ausencias*,  
<http://www.mhernandez.narod.ru>  
(consultado el 20 de julio de 2010)
  
4. LLANO, Rafael, *El cine y el poder transformador de la belleza*,  
<http://www.andreitarkovski.org/articulos.html>  
(consultado el 24 de septiembre de 2010)
  
5. PABLO VI, *Homilía durante la Misa de los artistas*,  
[http://www.vatican.va/holy\\_father/paul\\_vi/homilies/1964/index\\_sp.htm](http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/homilies/1964/index_sp.htm)  
(consultado el 4 mayo de 2009)
  
6. RATZINGER, Joseph, *La contemplación de la belleza*,  
<http://www.multimedios.org>  
(consultado 15 mayo de 2008)